

El *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán: tradición hagiográfica y proceso ideológico de reescritura. En torno al tema de pobres y poderosos

Henri Guerreiro

LEMSO, Universidad de Toulouse-Le Mirail

En los preliminares del *San Antonio de Padua*, publicado en Lisboa (1604) y dirigido al «reino y nación lusitana»¹, Juan López del Valle, alabando a Mateo Alemán, califica esta obra de «*historia*»². El propio Alemán, en su advertencia al «Letor»³, no duda en definir el estilo empleado para contar «la vida deste glorioso santo» de «histórico». Sin duda se siente obligado a hacerlo para precaverse contra las eventuales críticas que, por «demasiada curiosidad»⁴ —es decir, por excesivo prurito de purismo

¹ *San Antonio de Padua de Mateo Alemán. Dirigido al reyno y nación Lusitana*. Con licencia del Santo Oficio de la Inquisición, y privilegios de Su Magestad para Castilla y Portugal. Impresso en Sevilla por Clemente Hidalgo. Año 1604. Utilizamos el ejemplar de la *princeps* de la Biblioteca Nacional de Lisboa —Res. 1282 P.—, modernizando acentuación, puntuación y ortografía, excepto caso de relevancia fonética.

² «No se encaminan tan lucidos trabajos, como los que ha empleado Mateo Alemán en escrebir la *historia* del glorioso s[an] Antonio de Padua, a menos loable fin que a pretender que el cristiano letor goce el fruto que suelen causar los varones ilustres...» (Vid. «Juan López del Valle, en alabanza de Mateo Alemán. Elogio»).

³ *Curioso*: «el que trata alguna cosa con particular cuydado y diligencia» (Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611).

⁴ Para facilitar la comprensión de la postura dual del escritor hispalense, reproducimos a continuación la casi totalidad de este texto liminar:

Porque (con demasiada curiosidad) pudiera culpar alguno el estilo histórico que sigo en la vida deste glorioso santo, quiero satisfacerle con que no se ignora que de tal manera debe proceder cualquier historiador en sus escritos, que vayan tan desnudos de lo que no es muy proprio dellos quanto vestidos de

en el modo de tratar lo histórico— pudieran dirigirle algunos lectores. Con el fin de satisfacer dichas críticas, profesa como notoria evidencia que «de tal manera debe proceder cualquier *historiador* en sus escritos, que vayan tan desnudos de lo que no es muy propio dellos cuanto vestidos de toda *verdad*»; la cual será —insiste— acatada por él «inviolablemente». En cambio, respecto a la «proposición» de que el relato histórico no admita materia ajena a su propia naturaleza, no vacila en sustentar una postura muy poco conformista. Si el primer motivo para hacerlo resulta extrañamente sibilino, el segundo, de por sí asaz suficiente, queda muy claro: «... como sean las vidas de santos ejemplo a las nuestras, tengo por permitido a un claro y fiel espejo cristalino de roca, donde nos habemos de mirar, ponerle algunos adornos con que se guarnezca; y a semejantes leturas, irlas parafraseando con moralidades y alegorías de donde se saque fruto...»⁵. Lejos de discrepar de tales advertencias, López del Valle las corrobora para «esta suerte de historia» (o sea historia de santos), y las explicita para el propio *San Antonio de Padua*. Así afirma en el mismo «Elogio» que en esa obra «se ha cumplido con *puntualidad* la obligación de escribir con [...] *verdad*», sin que ese requisito haya impedido que el autor supere mediante su estilo «el de la *historia* [...] estrecho y limitado por el orden y sucesos de las cosas». Y bastará aducir al respecto el elogioso y acertado dictamen formulado más lejos por este crítico coetáneo de la obra para que el lector moderno intuya las implicaciones que conllevaba semejante postura intelectual de Alemán:

... quien la mirare con buenos ojos, [la verá] escrita [esta historia] con mucha *piedad* y *religión* y no con menor ingenio, *variedad de erudición* y *doctrina en letras divinas y humanas*; hallará en ella materia de glorificar a Dios en sus santos, diversos medios para ejercitarse y aficionarse a la virtud, ejemplos que animen a eso, *documentos espirituales* que instruyan, *discursos morales* de graves e ingeniosos *conceptos*, confirmados con la autoridad de los santos, y otros *especulativos* que como pasto noble del entendimiento, igualmente provechoso y gustoso, entretengan y recreen: todo tratado *pía, dota* y *elegantemente*, y de tal manera que así por la materia como por la forma se puede esperar importante fruto y particular acetación desta obra.

Como se ve, la materia hagiográfica antoniana, en el proceso de reescritura, abría para el hagiógrafo sevillano un amplio y diversificado campo, tanto en el plano del contenido como en el de la forma. Campo religioso, espiritual, ético, político y literario, pues —según pondera el panegerista— el autor, haciendo alarde de sabiduría, elegancia y discreción, procuraba en el *San Antonio de Padua*, por diversos medios y modos,

toda verdad. Y guardando inviolablemente lo que tocara a esta segunda proposición, como de tanta importancia, diré acerca de la primera que (según en toda generalidad) hallaremos padecer aquí ésta justamente su excepción. Lo primero, por lo que cualquier discreto podrá colegir con una mediana consideración; y ésta me hizo no ponerla, pues a su claro entendimiento se remite, que no todo es para escrito. Lo segundo, porque, como sean las vidas de santos ejemplo a las nuestras, tengo por permitido a un claro y fiel espejo cristalino de roca, donde nos habemos de mirar, ponerle algunos adornos con que se guarnezca; y a semejantes leturas, irlas parafraseando con moralidades y alegorías de donde se saque fruto, cual confío en la divina Majestad lo hará en ésta...

⁵ *Ibid.*

reflexionar e instruir con miras a una enseñanza deleitosa de las buenas costumbres, en la acepción más lata de la expresión.

Reescritura particularmente rica, pues, y que, sin situarnos explícitamente en la perspectiva del presente seminario⁶, tuvimos ocasión de analizar en varios trabajos anteriores, entre los cuales descuella el dedicado a la teología en la obra alemaniana⁷. Hoy por hoy, en una nueva aproximación a la tradición hagiográfica antoniana, quisiéramos, sin abandonar el imprescindible trasfondo de lo teológico, centrarnos preferentemente en un proceso de recreación ideológica, el relativo al tema de los pobres y de los poderosos que, en los múltiples capítulos de los dos primeros Libros del *San Antonio de Padua*, cobra singular relieve y un cariz resueltamente moderno —por reinscrito decididamente el tema en la España de finales del siglo XVI—, frente a la tradición de las fuentes antiguas.

I. LOS POBRES

Presentación del corpus estudiado

En la versión alemaniana de la vida de San Antonio de Padua, el «Libro primero» consta de quince capítulos y ciento y tres folios repartidos en tres partes cronológicamente ordenadas: 1. la *prehistoria* de la vida del futuro «santo», desde «la fundación de Lixbona» hasta su descripción moderna y la relación de «algunas cosas de las dignas de alabanza en ella y en los de aquella nación» (I, caps. 1-5, f. 1-31 v.); 2. la *historia* de sus veinticinco primeros años, desde «su nacimiento y crianza» en Lisboa⁸ hasta su toma de hábito en la Orden agustina, donde profesó durante once años (I,

⁶ La versión abreviada de este texto se leyó en el marco de la tercera sesión de una serie de seminarios organizados por la Casa de Velázquez y dedicados al tema de *Reescritura y Siglo de Oro* («La prosa de ficción», 30 de noviembre y 1 de diciembre de 1998).

⁷ Véase *La originalidad del San Antonio de Padua de Mateo Alemán. Hagiografía y picaresca. De lo teológico a lo social. I. La teología*, Lille, Atelier de Reproduction des Thèses, 1993, 439 p. (vols. 4 y 5 de *Études sur l'œuvre de Mateo Alemán*, Thèse d'État [1992], 7 vols., núm. 2442.14249/93, ISSN: 0294.1767).

Para los demás estudios, véanse: Henri Guerreiro, «Tradición y modernidad en la obra de Mateo Alemán», en *Studia Aurea*. Actas del III Congreso de la AISO (Toulouse, 1993), Prosa (I. Arellano, M. C. Pinillos, F. Serralta, M. Vitse eds.), pp. 247-258; «Medianía et mediocritas dans l'œuvre de Mateo Alemán», en *Hommage à Robert Jammes*, volume II, édité par Francis Cerdan avec le concours de l'équipe LESO, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1994 (Anejos de *Criticón*, 1), pp. 495-506; «Mateo Alemán et le *San Antonio de Padua*: respect "historique" de la tradition et réélaboration critique», en *La constitution du texte: le tout et ses parties. Renaissance. Âge classique*. Textes réunis par Danielle Boillet et Dominique Moncond'huy, Poitiers, La licorne, 1998, pp. 343-360.

⁸ «Fernando Martins de Bulhões» —tales son el nombre y apellido del futuro Antonio de Padua— nació en Lisboa a eso de 1190, según las conclusiones de algunos antonianistas de nuestro siglo. Entre ellos André Callebaut, «Saint Antoine de Padoue. Recherches sur ses trente premières années», *Archivum Franciscanum Historicum*, XXIV, 1931, pp. 449-494; Fernando Félix Lopes, *S. António de Lisboa. Doutor Evangélico*, Braga, Edição do «Boletim mensal», 1946; véase ahora la 4ª edición refundida en parte, Braga, Editorial Franciscana, 1983 («Cronologia da vida de Santo António», pp. 311-318). Ciñéndose a la tradición antoniana, Mateo Alemán sitúa su nacimiento en 1195 (S.A., I, 6, f. 32 v.): postura compartida aún hoy por autores modernos. Véase *Santo António de Lisboa. Doutor Evangélico. Obras completas. Sermões dominicais e festivos (Edição bilingue, Latim e Português)*, Introdução, tradução e notas por Henrique Pinto Rema. Prefácio de Jorge Borges de Macedo, Porto, Lello e Irmão-Editores, 1987 (Tesouros da Literatura e da História), t. I, «Introdução», p. XVI, n. 3.

caps. 6-11; f. 31 v.-70 v.)⁹; y 3. la narración de los cuatro años siguientes de su existencia desde la conversión de Hernando de Bullones a la Orden franciscana¹⁰ hasta su nombramiento (por Francisco de Asís) como predicador general de dicha Orden, maestro y «Lector» en teología sacra (I, 12-15; f. 70 v.-103 v.)¹¹. Con tales cargos emprendió Antonio de Bullones su *ministerio docente, apostólico y militante, de adoctrinamiento católico y controversia en contra de los «herejes»* que en aquellos años procuraban defender sus creencias heterodoxas por el norte de Italia y el sur de Francia (Valdenses o «Pauvres de Lyon»¹², Albigenses o Cátaros). Toda esta materia histórico-religiosa y los supuestos prodigios de taumaturgo que él protagonizó hasta su muerte (13 de junio de 1231), los narra Alemán comentándolos a lo largo de los treinta y dos capítulos del «Libro segundo del fruto de la predicación de san Antonio de Padua en el tiempo que vivió» (f. 104 r.-265 v.).

Tales son los cimientos estructurales de los dos primeros «Libros» del *San Antonio de Padua* compendiados en este preciso cuadro bio-histórico necesario tanto a la comprensión actual de aquella insigne figura medieval de la Orden franciscana como a una aprehensión crítica de la especificidad de la hagiografía alemaniana confrontada a sus fuentes más relevantes. Aunque diversas¹³, las fuentes que descuellan por su importancia son las *Crónicas franciscanas* de la segunda mitad del siglo XVI, ora portuguesas, ora españolas. De las de Frei Marcos de Lisboa, cronista general de la Orden seráfica y obispo de Porto a partir de 1581, se vale el autor del *Guzmán de Alfarache* acudiendo al «Livro quinto da primeira parte das Crónicas da Ordẽ dos frades Menores [que] cõta a vida, doutrina e gloriosas obras do Padre sancto António

⁹ Según la *Legenda prima* o *Assidua* escrita en 1232, el joven «Hernando de Bullones» estudió primero en la escuela catedralicia de Lisboa, hasta los quince años; luego prosiguió sus estudios humanísticos y de letras sagradas en el monasterio de San Vicente de Fora, en Lisboa (1209 hasta fines de 1210 o principios de 1211); por fin se trasladó a Santa Cruz de Coimbra (1211-1220). Véanse Henrique Pinto Rema, *ibid.*, pp. XVIII-XXII; F. Félix Lopes, *ibid.*, p. 317; Francisco da Gama Cacirola, *Santo António de Lisboa. Volume I. Introdução ao estudo da obra antoniana*, Lisboa, 1967, caps. 1-3, pp. 3-96 (nueva edición, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1995).

¹⁰ Presumiblemente entre abril y agosto de 1220, según A. Callebaut, *op. cit.*, pp. 472-474 (*apud* Pinto Rema, *ibid.*, p. 22).

¹¹ Se le concederían el título de predicador en el Capítulo provincial de San Miguel (fines de septiembre de 1222), y el de primer Profesor de la Orden franciscana a finales del año de 1223 (véase Pinto Rema, *ibid.*, pp. XXIV-XXVI).

¹² Véanse Christine Thouzelier, *Catharisme et Valdésisme en Languedoc à la fin du XII^e et au début du XIII^e siècle. Politique pontificale. Controverses*. Deuxième édition revue et augmentée, Louvain-Paris, Éditions Nauwelaerts, 1969 (525 p.); *Hérésie et hérétiques*, Rome, 1969; Gabriel Audisio, *Les Vaudois. Histoire d'une dissidence (XII^e-XVI^e siècle)*, Paris, Fayard, 1998, pp. 9-58 (1^a ed. Turin, Albert Meynier, 1989).

¹³ Sobre ellas y para más detalles, cf. Henri Guerreiro, «Aproximación a la estructura y las fuentes del Libro I del *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán», *Criticón*, 12, 1980, pp. 25-54; «Santa Cruz de Coimbra y el *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán», *Criticón*, 26, 1984, pp. 41-79; «Del *San Antonio de Padua* a los cinco mártires de Marruecos. Rui de Pina y Mateo Alemán: aproximación crítica a una fuente portuguesa», *Criticón*, 31, 1985, pp. 97-141; «La tradición hagiográfica antoniana de los Libros I y II del *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán. Aproximación a su estructura y sus fuentes», *Criticón*, 32, 1985, pp. 109-196.

de Pádua, Português e natural da cidade de Lisboa»¹⁴. Complementaria de ésta viene a ser la *Primera parte de la Chrónica General de N. Seráfico P. S. Frãcisco, y su Apostólica Orden*, escrita por el sevillano fray Luis de Rebolledo (1549-1613), «predicador de la misma orden y de la Provincia del Andaluzía»¹⁵. En suma, como se hará patente a continuación, por lo meramente cuantitativo (Aleman: 265 ff.; Lisboa: 15 ff.; Rebolledo: 20 ff.), podemos ya presumir la distancia cualitativa que mediará entre estas «historias» de la vida del Paduano y la dilatada relación alemaniana, entre los hipertextos y el hipertexto.

Conversión de Antonio de Bullones a la orden franciscana

Por motivos inherentes al contenido de ésta y de coherencia analítica, iniciaremos nuestro estudio a partir de la conversión del agustino a la Orden de los frailes menores bajo la influencia del martirio de los denominados «Cinco mártires de Marruecos», degollados en Marrakech el 16 de enero de 1220 y sepultados con gran solemnidad en el monasterio de Santa Cruz de Coimbra¹⁶. Aunque las modalidades de dicha mudanza espiritual no carecen de interés para sugerir ciertas facetas de la índole multiforme del estilo de Mateo Alemán¹⁷, bastará evocar el *acto simbólico* que clausura la conversión de Hernando de Bullones: *el cambio de su nombre*. Según Marcos de Lisboa, los motivos del nuevo minorita para aspirar a ello fueron los siguientes:

Vindo pois o sancto ao oratório onde os pobres e simplezes frades morauam, o qual se chamaua sancto Antham, rogou que lhe fosse posto este nome, porque *assi fosse menos conhecido e importunado dos seus*.¹⁸

¹⁴ Véase *Primeira parte das Chrónicas da Ordem dos frades Menores do seráfico padre Sam Francisco, seu instituidor e primeiro ministro geral. Que se pode chamar Vitas patrum dos Menores*. Conta dos princípios e primeiros Sanctos padres desta sagrada religiam. Nouamête copilada e ordenada dos antigos liuros e memóreas da ordem [...]. Contém esta primeira parte dez liuros em que hé diuisa, pera mayor clareza da história, como na volta desta folha se verá. Lisboa, 1556. Hay dos reediciones en la segunda mitad del siglo XVI: la de Lixboa, 1566 (BNM, R. 16831; BNL, Res. 41 A), y Lisboa, António Ribeiro, 1587 (BNL, Res. 529 V). Para nuestro estudio nos valemos de la edición princeps, cuya acentuación modernizamos: I. V, caps. 1-29, ff. CLXIII v. -CLXXVIII r. (BNL, Res. 38 A). Véase Francisco Leite de Faria, «Frei Marcos de Lisboa, ca. 1511-1591 e as muitas edições das suas *Crónicas da Ordem de São Francisco*», *Revista da Biblioteca Nacional*, S. 2, 6 (2), 1991, pp. 85-106.

¹⁵ Publicada «en Sevilla, en el conuento de S. Francisco, en la emprenta de Frãcisco Pérez. Año de 1598». Véase «Libro quarto: La Vida, mverte y milagros del glorioso S. Antonio de Padua primero Lector de Theología de la Apostólica Orden de N. Seráfico P. San Francisco» (caps. XXXVI-LV, ff. 294 v.-323 v.). Para nuestro estudio utilizamos los capítulos 36-50, ff. 296 r.-315 r. (BNM, R. 28679).

¹⁶ En aquellos tiempos de Reconquista, Coimbra hacía de Capital del Reino y en ella estaba la Corte. En cuanto al monasterio de Santa Cruz, fue fundado hacia 1130 y vino a desempeñar notable papel en la historia política, religiosa y cultural del Reino. En relación con los estudios de Hernando de Bullones, véase F. da Gama Caeiro, *Santo António de Lisboa, I*, cap. 3: «Em Santa Cruz de Coimbra», pp. 47-96.

¹⁷ Trato entrañable y continuo que el fraile agustino mantenía con los religiosos de la ermita de San Antonio Abad, llamada *Santo Antão dos Olivais*, sita en Coimbra. Alemán alude a ellos en el cap. IX («Los conventuales della salían a mendigar por la ciudad y conventos lo que les era necesario al sustento de sus personas limitadamente, como verdaderos ejemplos de pobreza...», f. 47 v.), y vendrán a ser los protagonistas del capítulo XI, f. 67 v.-69 v.

¹⁸ Véase «Livro Qvinto da primeira parte das Chrónicas...», cap. 3: «Como o sancto mudou o nome e partio a receber martyrio» (f. CLXIV v.).

En la conclusión del capítulo XI del *San Antonio de Padua* ese deseo de *humildad* y de mayor quietud temporal también justifican la elección de una nueva identidad particularmente acorde con las nuevas aspiraciones del fraile; sin embargo, ambas razones (entresacadas de las *Crónicas*) se encuentran inmersas en unas corrientes temáticas que ya las superan de modo inequívoco:

Viéndose ya san Antonio dónde y cómo deseaba, y que se hacían sus cosas prósperamente, porque Dios las favorecía, comenzó a tratar de sus designios, disponiéndolos y tratando dellos cómo le pareció que convenía *para dar mate al mundo y a sus cosas*. // Y como hasta este día se hubiese llamado Hernando, según le dieron por nombre cuando lo cristianaron, comenzó por esta pieza, para *ser desconocido y que no quedase cosa suya en él, ni pudiesen hallarlo la vanidad ni la soberbia (secretos enemigos de quien saben guardarse pocos), ni lo distrajesen conversaciones ni tratos del siglo*, de quien iba huyendo, conociendo la ponzoña que ofrece con dorados vasos. Y viéndose ya otro que antes era [...], se hizo llamar Antonio, a devoción de san Antonio Abad... (S. A., I, 11, f. 69 v.-70 r.)

Algunas ideas y ciertos rasgos estilísticos resultan ya inconfundibles. Más allá del favor divino evocado de paso y del rechazo del mundo¹⁹, o del siglo en su acepción más concreta, política —entidades inherentes a las aspiraciones del minorita—, afloran los conceptos de *vanidad* y *soberbia*. Banales en sí a primera vista en tanto que definición *a contrario* de la humildad, estos defectos graves cobran un matiz más amplio (que a continuación se plasmará en manifestaciones sociales de mayor alcance) al ser enjuiciados en el paréntesis por el mismo escritor, que lamenta la ciega y excesiva propensión de muchos humanos a incurrir en ellos pese a su peligrosidad.

Intento fracasado de martirio

Tal *antagonismo* vuelve a expresarse de modo *original* en el capítulo XII donde se narran y comentan varios fracasos sufridos por Antonio de Bullones en su empresa por conseguir el martirio en Marruecos a imitación de los primeros mártires franciscanos recién evocados. Los acontecimientos históricos, ocurridos entre el otoño de 1220 y principios del año siguiente, están compendiados muy sencillamente en el epígrafe del capítulo:

Habiendo pasado san Antonio en África con intención de recibir el martirio, enfermó y queriendo volverse a Portugal, una tormenta lo desbarató y llevó a Sicilia. (S. A., I, 12, f. 70 v.)

En el mismo capítulo III de la *Primeira parte das Crónicas*... Marcos de Lisboa refiere esos datos biográficos del siguiente modo:

¹⁹ Ya en el primer folio de la obra, con motivo de la victoria del «mañoso Ulixes» sobre los troyanos, Alemán nos hacía parte de su pensamiento al respecto: «Mas como las prosperidades (majestad y gloria del mundo) siempre son engañosas y falsas, y dellas no se pueda sacar o esperar menos que breves y trágicos fines, no se gozaron mucho con el caduco gusto del vencimiento glorioso...» (S. A., I, 1, f. 1 v.)

Nam abrandou o fervor de sancto António, ne desistio do propósito do martyrio até q̃, segundo lhe fora prometido, auida licença se embarcou e paussou à África. Mas ainda q̃ por pregar a fé de Christo a el rey de Marrocos trabalhou quáto lhe foy possível com marauiloso zelo de fé, *nã pôde comprir seus desejos, porque o rey eterno por cuja honra se offerencia à morte, outra cousa do seu sancto tinha determinado*, nem era sua vontade que morresse caualeiro dhũa lança e por só sua alma aquelle que para capitã e doctor de muitos pouos *tinha escolhido*. E assi como foy em África sobreueolhe tam graue e comprida *infirmidade*, que, vendo nam poder fazer o que desejava, foy cõstrangido tornarse à Hespanha e deixar aquella obra pera outro tempo. E embarcando pera se tornar para Hespanha aconteceu que com ventos contrarios [*sic*] e tormẽtas foy sua nao aportar à Sicilia, e assi se via tam longe de seu intento primeiro, quã longe lhe ficaua Marrocos, *mas o Senhor que seu seruo guiaua o tinha muy mais perto pera o que delle determinaua*. (F. CLXIV v.-CLXV r.)

A partir de este corto relato Alemán recrea un texto de cinco folios que se fundamenta en un dato concreto, histórico (la tormenta que derrotó al minorita hacia tierras italianas), y en un *concepto abstracto*: el de la «divina Voluntad» cuyas «ordenaciones [...] ignotas a los hombres y muy ajenas de toda humana capacidad» deben éstos procurar siempre acatar (f. 73 r.). Valiéndose de discurso y narración, de ésta como ilustración de aquél, el escritor-teólogo se propone demostrar que tal omnipotencia de Dios no está reñida con su misericordia. En el plano narrativo esa idea viene plasmada en una dilatada descripción de la tempestad: de sus primeros asomos por el cielo, desencadenamiento espantoso por los mares y progresivo aplacamiento (f. 73 v.-75 r.). Aficionado a dichos cuadros marítimos y estilísticamente perito en ellos, hubiera sido extraño y de lamentar que el creador del *Guzmán de Alfarache* perdiera tan legítima ocasión de embellecer su «historia» de la vida del Paduano con tan lograda y bella prosa²⁰. Pero mayor aprecio se le debe aún cuando la vemos enriquecida con matices

²⁰ [...] rompiéronse las nubes despidiendo de sí mucha copia de relámpagos // y truenos; el agua crecía por todas partes del cielo y de la tierra; los diestros marineros (con temor afligidos) andaban solícitos buscando el remedio a su nave, dónde guarecer sus vidas; vían rotas las velas, los mástiles quebrados, rechinar las tablas, crujir desencasados los maderos, perdido el timón, la jarcía destrozada, la mar furiosa, con bramidos horribles y espantosos, abrirse por mil partes, haciendo de las olas altísimas montañas; ya los levantaba en ellas con tan súbita violencia, que les parecía poder asirse a las estrellas con las manos o quedarse subidos en el cielo; luego en el instante bajarse despeñando a los abismos, donde creían quedar ya sepultados entre las descubiertas arenas. Anduvieron desta manera, en este vario impulso, de unas en otras partes dando bordos...» (S. A., I, 12, f. 73 v.-74 r.). Compárese con el tratamiento alegórico del temporal por Alemán al final de su *Ortografía Castellana*: «Muchos estudios me cuesta, mucho tengo trabajado, grandes naufragios i tormentas è padecido, descubriendo este nuevo mundo, que no es menos lo que se trata. Podría dezir con verdad averme sucedido en ese viaje lo que a los navegantes que, aviendo salido de abrigado puerto, ya quando engolfados en medio de algún piélago van a viento en popa, corriendo mar bonança, suele de improviso levantarse mui lejos una pequeñuela marañita, que brevemente se cuaja, i haziéndose nieve, poquito a poco se les viene acercando i creciendo, i en espacio breve soplan los vientos, queda el sol eclipsado, el cielo cubierto, el aire oscuro i negro, que, roto por mil partes, con rayos espesos i truenos espantosos, amenaza de muerte por momentos. Ábrense los cielos, despéñanse dellos (al mar) mares de aguas, que, todas mezcladas, locas i furiosas, encrespando las olas, bramando se levantan en alto, formando en pocos trechos muchas altas montañas i profundos valles. Arrebatan la nave i, como a fácil corcho, ya la sepultan en las hondas arenas que del suelo descubren, ya en el instante mismo la levantan, que parece tocar las gavias con el cielo. I destes impulsos, varios i soberbios, los maderos crujen, rechinan las tablas, los clavos aflojan, el mástil se quiebra, rómpense las velas, destrozada la jarcía, el timón perdido, i las esperanças, de umano remedio. Los unos lloran, los otros gritan, allí se prometen, acullá se confiesan, rezan i buscan tablas

simbólicos de índole religiosa mediante la figura simbólica de Jonás²¹, que le confiere su coherencia dogmática. Lo mismo que la anécdota edificante de este profeta ejemplifica en su desenlace la *vigencia de la misericordia divina* hacia los pecadores arrepentidos aun cuando sean extraños al pueblo de Israel, en el texto alemaniano el que el mar embravecido se aplaque resulta de que los viajeros de la nave donde embarcó Antonio de Bullones para volverse a Portugal hayan dado muestras de arrepentimiento:

Mas como Dios nunca se tarda y siempre acude a la más urgente necesidad, especialmente siendo aquella obra de juicio secreto suyo, cuando (en el mayor aflicto y más temerosos de la tempestad) los unos procuraban tablas o maderos en que probar a escaparse o dilatar la muerte, y otros, teniéndola presente a los ojos, las manos puestas al Cielo pedían misericordia de sus culpas, esperando a cada golpe de mar ser sorbidos della, fue tan poderosa la *bendita creciente de aquellas aguas vertidas de sus ojos y la fuerza del aire de sus devotos suspiros, que en el mar profundo* del pecho de Dios causaron otra mayor borrasca con que le hicieron amainar la vela, y abordaron con su misericordia. Y rendido del amor, obedeciéndole los vientos, la mar, la tierra y cielo comenzaron a sosegar. Descubrieron los marineros de lejos, entre las espesuras de las negras nubes unas pequeñuelas claraboyas [...]; el viento se fue aplacando, cesó la lluvia, volvió el sol a estar claro, el mar enmudeció, comenzó blandamente la bonanza, hasta quedar de todo punto restituidos en ella, mas no en sus esperanzas...» (S. A., I, 12, f. 74 v.-75 r.)

Pero no menos concurrieron a este resultado benéfico —inclusive la inesperada arribada a Sicilia— la oración, la confianza y obediencia de Antonio hacia Dios (f. 73 v.-74 r.), totalmente opuestas a la rebeldía de Jonás, reacio a cumplir las órdenes de Yavé, quien le mandara ir a Nínive para predicar contra la «maldad» de los infieles. El minorita recién convertido quiso dedicarse a esa predicación con afán; Dios se lo impidió. Cuando más tarde se hayan revelado sus dones de orador sagrado (septiembre de 1222), Mateo Alemán comentará oportunamente y de forma teológica los episodios vitales del capítulo XII: «Echaránse agora bien de ver cuán llenas estén de misterios y grandezas sus ordenaciones [de Dios], y cómo, cumpliendo con las piadosas y santas intenciones de los hombres, hace juntamente su voluntad y que con un instrumento mismo se fabriquen sus obras maravillosas y nuestros deseos» (S. A., I, 15, f. 96 v.)²²

en que salvarse [...]» (edición de José Rojas Garcidueñas, Estudio preliminar de Tomás Navarro, México, El Colegio de México, 1950, p. 111; véase la nueva edición de la Academia Mexicana, 1981, ejemplar del Instituto de Investigaciones filológicas, Centro cultural universitario, Universidad Nacional Autónoma de México, ref. PC 4143A6). Modernizamos la puntuación. Quiero agradecer a mi colega y amiga Marie Resson, profesora de español, quien me facilitó una copia de esta edición y proporcionó los informes bibliográficos.

²¹ Recuérdense al respecto el temporal sufrido por Guzmán cuando desde Génova regresaba a España con Sayavedra, en «la pobre y rendida galera», y los pensamientos que le atormentan: «Harto decía yo entre mí, cuando pasaban estas cosas, que por mí solo padecían los más, que yo era el Jonás de aquella tormenta» (*Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana*, edición de José María Micó, Madrid, Cátedra, 1987 [Letras Hispánicas, 87], l. II, cap. 9, pp. 305-307).

²² Añadamos, como broche final a esta vena literaria e ilustración conclusiva del capítulo XII, el comentario alegórico que a Alemán le inspiró la contrastada navegación de su «santo» favorito: «Tengan todos tormenta // de tribulación, empero vaya Jonás en prisión, encenagado entre la horrura y bascosidades de aquel pece, pues huye y quiere contrastar a la divina ordenación; y estos benditos, que tan conformes y ajustados están con ella, vengan en su navío. Ninguno piense resistir a Dios, pues le confiesa por

La otra vertiente dogmática —sin duda alguna la más sobresaliente de aquel capítulo, ya que es objeto del discurso que lo encabeza y viene ilustrada por los sacrificios consentidos por las figuras insignes de Abraham e Isaac, del mismo Cristo («que de su propia voluntad se puso en el ara de la Cruz») y de san Juan Evangelista (f. 71 v.-72 r.)— consiste precisamente en valorar qué grado de estimación otorga Dios a estas «piadosas y santas intenciones» que los hombres manifiestan para granjear su salvación:

Tenemos un Dios tan generoso, tan amigo de hacernos bien, que, como si fuera interesado en el nuestro, rompiendo las murallas de las dificultades, abre ventanas y puertas en ellas por donde recibamos la luz y podamos entrar a valerlos de sus misericordias. Y para que pudiesen igualar a los *altos // collados humildes valles, el pequeñuelo flaco al bravo y alto gigante, sin que la soberbia y hinchada presumpción del poderoso tropellase la flaqueza del miserable*, dio una traza celestial. Niveló las fuerzas humanas de manera que, dejándolo todo igual, *quedasen los pobres consolados y caudalosos*. Y fue batir moneda de metal de buenos deseos, repartiéndola igualmente a todos para que igualmente se pudiesen valer y granjear con ella. De tal manera que, como se satisface de las *obras* de aquellos que pueden sacrificar con ellas, también recibe (con la misma voluntad y buena gana) los *deseos* de los que otras víctimas no tienen. Así, en su divino Reino y Corte celestial, es el deseo *moneda corriente*, calificada en grado de hecho y apreciada en su misma estimación. Ya no podrá decir el pobre no tuve; ni el impedido, no pude; fuerzas tienen los flacos y salud los enfermos, poderosos y ricos están, teniendo voluntad, que no les puede faltar. (S. A., I, 12, f. 70 v.-71 r.)

Quedaron atrás puestas de relieve cierta diversificación de estilos e ingeniosidad de procedimientos narrativos con los que Mateo Alemán conseguía entresacar de un dato biográfico corriente una enseñanza doctrinal válida para sus contemporáneos. En esta cita, con el fin de que resulte bien asimilable una materia *a priori* abstracta (es decir, que ante ciertas circunstancias de fuerza mayor la «buena voluntad», los «fervorosos deseos» —f. 71 v.-72 r.— tanto valen como los actos o «buenas obras» a los ojos de Dios), recurre a un vocabulario concreto, sacado de la naturaleza y, sobre todo, de la acuñación de la moneda por la Corona —experiencia que ellos tenían a la vista en la España de fines del siglo XVI. Pero hay más. ¡Cuán revelador es que el escritor evoque asimismo ese concepto de igualdad teológica como medio de supresión de la desigualdad entre la flaqueza del «pequeñuelo» y la braveza del «gigante»!²³ El cual

todopoderoso y vemos que como diestro esgremidor hace la herida por el mismo filo, valiéndose contra nosotros de los propios medios que tomamos para ofenderle. Al que viene de su voluntad le descubre, abre y enseña el camino, dándole los medios necesarios, aunque con borrascas para mayor merecimiento. Y para quien le huye tiene prisiones de ballenas, encenágales de infamias, horruras de trabajos, bascosidades de pobreza y puertos de congojosas enfermedades adonde traerlo. ¡Bendita sea su bondad, que tanto caudal pone de su parte para nuestros empleos y tanto procura, por tan diversos modos, que sepamos valerlos dello!» (S. A., I, 12, f. 75 v.).

²³ Esta noción de igualdad espiritual (arraigada en Mateo XVIII, 1-6) a la que los hombres debieran aspirar, la defiende Alemán en el «Libro Segundo» del *San Antonio de Padua*, con motivo de una cura milagrosa hecha por el taumaturgo en Italia a favor de un niño «tullido de pies y manos de su nacimiento». En la introducción al capítulo XXIV escribe lo siguiente: «No se niega, que si los hombres quisiesen matar dentro de sí este fuego de pasión propia y se diesen a la consideración de quién son y lo que tienen, por quién son y por qué lo tienen, que *les llevaría el aire del verdadero conocimiento el humo de la vanagloria* y

cobra *ipso facto* identidad más perceptible en la condenable figura social del «poderoso» y en sus vituperables actos de injusticia y violencia generados por la «presunción» que ostenta frente al «miserable». Aunque se entienda (en términos cristianos y del Seiscientos) que la misericordiosa ecuanimidad de la justicia de Dios rige tanto en el Cielo como en el mundo de tejas abajo, no podemos dejar de percibir en este vocabulario un eco —de momento apagado— de la naturaleza intrínseca de ciertas relaciones humanas y sociales, tales como el creador del *Guzmán de Alfarache* las viviría en España y se las representaba en su época.

Participación de Antonio en el Capítulo general de las Esteras

Tanto es así, que de dicha *realidad conflictiva*, representada por el desprecio que a los *humildes* suele manifestar el «mundo», ni siquiera había de eximirse paradójicamente el propio Antonio de Bullones, recién desembarcado en Sicilia, en la valiosa versión que de su participación en el Capítulo general de Asís (llamado de las Esteras)²⁴ ofrece Alemán a sus lectores en el largo e importante capítulo XIII del «Libro primero», capítulo complementario del precedente en múltiples planos: social e histórico, doctrinal y literario. La materia «histórica», que en las *Crónicas* franciscanas se despacha en veinticuatro y treinta y dos renglones respectivamente²⁵, es fielmente recogida por Mateo Alemán, hasta con su criticable vaguedad respecto a datos históricos relevantes de la historia de la Orden franciscana. Pero esto es lo de menos. Lo importante es que, con mayor coherencia *biográfico-espacial*²⁶, el escritor sabe infundir magistralmente a dicha materia renovado espíritu, destinado a ilustrar de modo diversificado y *polivalente* la imperativa necesidad de las obras para salvarse, en correlación con los deseos cuya validez relativa quedó en un *introito* sustancial demostrada con ejemplos bíblicos y descripción de prácticas sociales vituperables²⁷.

Tamaño distancia entre las fuentes originarias y la «historia»²⁸ original narrada no podía dejar de marcar su impronta en el estilo y la estructura del relato. Históricamente fundados, y por ende recogidos en el *San Antonio de Padua*, dos ejes temáticos estructuran por lo esencial la narración: la *enfermedad* del protagonista sufrida en

quedarían solas en el suelo las cenizas, y en ellas *nos hallaríamos todos iguales*» (f. 204 r.). Véase *infra* «El portento del sermón a los peces», p. 48, n. 102.

²⁴ Antonio de Bullones llega a Sicilia a principios de la primavera de 1221 y asiste a este Capítulo a finales de mayo del mismo año.

²⁵ Cf. Marcos de Lisboa, *Primeira parte das Crónicas...*, l. V, cap. 3, f. CLXV r.; Luis de Rebolledo, *La Primera parte de la Crónica general...*, cap. 37, f. 298r.

²⁶ De ella da prueba el epígrafe que encabeza el capítulo: «Después que desembarcaron san Antonio y san Felipe, su compañero, en tierra de Sicilia, fueron al Capítulo general que san Francisco hizo en Asís, y en él se dividieron a residir en Provincias diferentes. Hácese un epílogo breve de la vida de san Felipe» (f. 76 r.). Abarca desde la llegada del minorita a Italia hasta su estancia en Romaña, en la ermita de Montepaolo donde se dedicó a la vida contemplativa (desde principios de junio de 1221 a finales de septiembre, según A. Callebaut, «Saint Antoine de Padoue. Recherches sur ses trente premières années», *ibid.*, p. 486).

²⁷ S. A., I, 13, f. 76 r.-80 r.

²⁸ A este término recurre Alemán para calificar su relato: «A fray Felipe, compañero de san Antonio, lo eligió un custodio de la Provincia de Roma, con quien se fue a vivir. Y porque aquí se espidieron los dos buenos y santos amigos [...], y en esta *historia* no se ha de volver a tratar de san Felipe..., etc.» (*ibid.*, f. 81 r.).

África, y su *menoscabo físico* cuando llega al Capítulo general presidido por el Poverello. El obispo de Porto relata los hechos del siguiente modo:

Foyse sancto António ao Capítulo geral assi como staua *enfermo e fraco*, e acabado Capítulo [*sic*] e repartidos e derramados os frades pellas prouíncias, só sancto António de ninguém era requerido, porque, como *nam era conhecido* e era enfermo, também parecia nam ser para algũa cousa. (*Ibid.*, l. V, cap. 3, f. CLXV r.)

Vienen reseñadas en la *Crónica*, pues, la enfermedad, la flaqueza física y la soledad en que abandonan al fraile francisco cuando se clausura el Capítulo de las Esteras, que tenía por misión más importante la de proceder al reparto de los frailes Menores por los diversos países y comarcas de la Cristiandad, bajo la tutela o autoridad de un custodio²⁹. Que lo hayan tenido por un don nadie en aquel momento y lugar resulta de su dolencia, es cierto, pero no menos de que, recién llegado a la Orden franciscana, era entre sus hermanos religiosos un perfecto incógnito. Por añadidura, el lector puede cerciorarse de que ninguna reprobación trasluce del modo neutro con que se refieren estos datos. Muy diferentes son la tonalidad y meta del relato alemán, orientado *primero* hacia fines de *orden teológico*. Una vez terminado el Capítulo, Antonio de Bullones se queda aislado en la misma soledad que señala la tradición antoniana. Pero esta situación deplorable, sin comentar en ella, da motivo a Mateo Alemán para terciar en la narración: dirigiéndose a sus lectores y coetáneos (nada propensos, según él, a sufrir cualquier contratiempo), exalta la *serenidad* del franciscano, señal de una loable y absoluta confianza en solo Dios:

Volvamos a san Antonio, considerando en sí cada uno de nosotros lo que pudiera sentir si se viera extranjero, *solo entre no conocidos*, reputado por *oprobrio*, despreciado por inhábil y *desechado por enfermo*: sin duda, si trocadas las plazas nos pusiéramos en la suya, con el poco sufrimiento nuestro nos pareciera que ya el Cielo cerraba sus puertas a nuestras peticiones, cansado de nosotros y dellas. Pues al bienaventurado santo nada desto lo desconsolaba, porque *confiaba en El que allí lo había puesto*, tan cargado de pisiones, que sabía muy bien lo que dél había de hacer y para qué lo guardaba. Y, vuelto a Dios, *le pedía devotísimamente* lo encaminase cómo mejor le sirviese. (S. A., I, 13, f. 82 r.)

Ahora bien, dicha apología de la oración absoluta ante un Dios todopoderoso, único juez del destino humano, este enaltecimiento de la «fe pura» (*ibid.*, I, 13, f. 82 v.) que perfila la doctrina teológica del capítulo XII podían haber generado grave y dañosa confusión con respecto a la «fe sola» de Lutero. Por eso, distanciándose más aún de toda tradición hagiográfica antoniana, el comentario anterior se diversifica matizándose gracias a unas reflexiones sobre la imperativa necesidad de las obras:

Mas, aunque sea verdad que así conviene orar, poniendo todas nuestras cosas a sus pies para levantar mejor después las cabezas [...]: también es bien, y bien forzoso, que obremos y

²⁹ «Soube [s. António] dos frades menores em Sicília, que cedo se auia de fazer Capítulo geral em Assis, porq̃ o padre sam Frâncisco todos os annos em o princípio de sua ordem o celebraua, por consolaçam dos frades e prouisam das províncias da Christandade, que do Capítulo geral todas se prouiam de frades» (Lisboa, *ibid.*, l. V, cap. 3, f. CLXV r.).

obrando nos dispongamos a lo que fuere de nuestra parte, que ni es cortesía, ni en término cristiano se permite, dejarle a Dios toda la carga. *Carguémonos la Cruz, y Él será nuestro Cirineo*; no queramos estar holgando mano sobre mano y el pie reposado, en *confianza* de que lo tiene Dios de proveer... (S. A., I, 13, f. 82 r.-v.)

A esta honda sentencia, la ejemplifica a modo de parábola un hermoso apólogo, ajeno a la tradición antoniana, pero que dejaremos sin comentar³⁰ para fijarnos ante todo, como nos lo pide el mismo Alemán, en la actitud del relegado y enfermo fraile menor:

Vuelve a mirar agora este glorioso santo, que confiaba en Dios, y aunque sabía que no lo tenía olvidado, por los continuos regalos y consuelos que le daba, secretos de ordinario, no le impidieron las miserias, ni le acobardaron los trabajos, ni quiso excusarse con la enfermedad, que también se dispuso a buscar su cómodo y custodio con quien recogerse.

Acabado el Capítulo y los frailes ya repartidos en sus Provincias y casas y // no quedando sino un solo custodio, porque los demás ya eran idós y lo habían dejado por desprecio, sin hacer algún caso dél, con ése uno hizo su diligencia para que lo llevase consigo. (S. A., I, 13, f. 84 r.-v.)

En las *Legenda* antonianas y *Vidas* del «Santo» de la Edad Media, en los *Flos Sanctorum* y *Crónicas* franciscanas de la segunda mitad del siglo XVI o demás *Vidas* del Paduano escritas en España y Portugal a lo largo del Siglo de Oro, se buscaría en vano cualquier alusión teológica susceptible de acreditar su «diligencia» cerca de fray Graciano, custodio de Romaña. Para acogernos a las fuentes de las que Alemán se valió preferentemente, digamos que al hilo de la *Primeira parte das Crónicas...* de M. de Lisboa³¹ sacó Luis de Rebolledo el ovillo del texto de su *Primera parte de la Crónica general...* así desenredado: «Viéndose olvidado de todos [s. Ant.], con mucha humildad rogó a fray Graciano, Ministro provincial de la Comarca de Romandiola en Italia, que pidiese al General licencia para llevarle consigo e instruirle en las disciplinas de la Orden» (ed. cit., cap. 37, f. 288 r.). Como se puede notar, apenas es una relación a secas de algunas actitudes del minorita marcadas por la humildad, obediencia y anhelo de dedicación a las nuevas normas aún ignotas de la Orden recién electa. En cambio, en el *San Atonio de Padua*, sobresalen la ingeniosidad y sutil arte de narrar con que el creador del *Guzmán de Alfarache*, vivificando unos datos biográficos, al fin y al cabo, de muy relativa importancia, consigue inferir de ellos una materia doctrinal que los supera incomparablemente, pues se trata de la doctrina aneja a la Justificación definida por el Concilio de Trento en su sesión VI (21 de junio de 1546-13 de enero de 1547). Cosa digna de repararse pues esa *necesidad de las obras* para granjear la salvación (a la que contribuye dialécticamente la solidaridad salvífica de Dios) ya se inscribía de antemano en la modalidad del relato alemán relativo a la *llegada* de Antonio de

³⁰ Sus protagonistas son «un famoso salteador de caminos» y «un ermitaño santo» (*ibid.*, I, 13, f. 82 v.-84 r.). Para más detalles, véase Henri Guerreiro, *La Originalidad del San Antonio de Padua... Hagiografía y Picaresca [...] I. La teología*, pp. 205-210.

³¹ Después de haber referido cuán insignificante les pareció s. Antonio a sus hermanos, prosiguió así: «E sem mençam dalgũas letras ou sufficiência sua, humilmente rogou o sancto a frei Gratiano, varão perfecto, [...] que o quisesse pedir ao geral e recolher com seus frades, e instruir em as disciplinas regulares» (I. V, cap. 3, f. CLXV r.).

Bullones a Sicilia y a su esforzado caminar hacia la Porciúncula algunos meses más tarde:

Habiéndose [pues] ya desembarcado en tierra de Sicilia, iba muy enfermo y flaco de lo que había padecido; y sabiendo que había en aquel pueblo donde aportó una casa de su Religión, se fueron a hospedar en ella él y su compañero. Allí les dijeron que san Francisco hacía *Capítulo general en Asís*; y deseando mucho hallarse presentes en él, *procuró san Antonio esforzarse* lo más que pudo, sacando fuerzas de flaqueza, y todo temblando, sin poderse apenas tener en pie, fue Nuestro Señor servido alentarle las fuerzas y ayudarle a ello, porque para esto lo había traído a Sicilia. (*Ibid.*, I, 13, f. 80 r.-v.)

Recordemos el «favor divino» apenas rozado al principio de nuestro estudio: la *sinergia* entre la criatura y el Creador queda así definitivamente probada al par que se mantienen las Ordenaciones divinas fuera del alcance de toda mente humana. La coherencia teológica funda pues la lógica interna del relato, haciendo resaltar aún más la pericia narrativa del escritor el que, sin hiato alguno, éste consiga aunar a aquélla con la temática social mediante ciertas distorsiones o variantes textuales que a un lector incauto pudieran pasar desapercibidas. Primero, de las citas alemanianas reseñadas se infiere una notoria insistencia en la extremada flaqueza del joven Antonio, de la que tratan las *Crónicas* franciscanas, por su parte, con evidente moderación³². Luego, cosa mucho más llamativa, sobresale una *disonancia esencial*: mientras que en las fuentes se da por sentado que el *rechazo* de éste se debió no sólo a la enfermedad sino también (y acaso más aún) al hecho de que nadie le conocía por esas fechas (en aquel momento), Mateo Alemán transpone esa realidad «histórica» a un contexto diferente (el de la teología) e invierte literalmente los términos³³; así podrá eludirla con toda naturalidad cuando se verifique el reparto de los frailes menores:

Mas aunque llegó [s. Ant.] al Capítulo en tiempo, fue tan gastado de salud, tan desfigurado y flaco, que después de acabado, y habiendo los custodios elegido los frailes que les pareció importarles para sus casas, ninguno hizo algún caso ni cuenta dél, ni lo miró a la cara con ánimo de llevarlo consigo, porque les parecía inútil, idiota, enfermo y sin algún provecho. (*S. A.*, I, 13, f. 80 v.)

La razón de tales divergencias textuales es obvia: al subvertir la causa objetiva susceptible de explicar, cuando no de justificar la actitud nada solidaria, o muy poco compasiva, de los religiosos hermanos de Antonio de Bullones, el hagiógrafo hispalense podía generalizar su discurso, desplegando así su vena satírica contra las mentalidades y vivencias humanas de su tiempo:

³² Rebolledo alude a su «notable flaqueza» (*ibid.*, f. 298 r.); M. de Lisboa se limita a escribir «[que] staua enfermo e fraco» (*ibid.*, f. CLXV r.).

³³ Recuérdesse al respecto el giro al que recurre: «solo entre no conocidos» (f. 82r.), que contrasta con la proposición circunstancial de causa empleada por M. de Lisboa: «... como nam era conhecido e era enfermo...» (*vid. supra*, p. 15). Añadamos que la versión de Rebolledo no da pie a ninguna interpretación diferente a este respecto: «... con notable flaqueza se fue al Capítulo general, donde, aunque le vieron, no le conocía alguno. Y así por esta razón como por verle tan enfermizo, jusgándole por inútil ningún Ministro provincial le pidió» (*ibid.*, f. 298 r.).

¡Trato y costumbre general del mundo y sus valedores, pagarse de lo exterior, apetecer descansos, buscar lozanías, elegir abundancias, querer prosperidades; y por el contrario, menospreciar los humildes, vituperar los virtuosos, desamparar los enfermos, desechar los pobres! No se acuerdan dellos, no los admiten, despídenlos de sí, que les parece tener contagio, y así huyen dellos como de apestados. (S. A., I, 13, f. 80 v.)

Estas reflexiones sombrías y amargas que conciernen también a *virtuosos y pobres*, víctimas ajenas al marco originario de la biografía antoniana, y que se le ocurren extrañamente al biógrafo hispalense con motivo de una congregación de minoritas en principio modelos de humildad y dedicación al prójimo, demuestran cuánto le preocupaba esa realidad de un mundo insolidario propenso a venerar sólo riquezas y enorgullecerse de falsos valores. No admirará por lo tanto que él venga a evocarlos de nuevo en el «Libro segundo del fruto de la predicación de san Antonio...». Ahora nuestro minorita ya no es el frailecito oscuro de años atrás, sino un preclaro personaje de la Orden apreciado por sus talentos en el púlpito y dotes de taumaturgo, quien recorrida sin tregua desde fines de 1223 todo el Norte de Italia y Sur de Francia, predicando al pueblo cristiano e infieles, enseñando a sus hermanos en los conventos que él visitaba y regía después de que le nombraran en Francia *guardián* de Le Puy-en-Velay (fines de septiembre de 1225) y *custodio* de Limoges (Capítulo provincial de Arles, en 1226), o aún *Provincial* de la Alta Emilia y Lombardía (Pentecostés de 1227-1230). El caso que se nos depara, concurriendo a ilustrar el cuadro anterior, es precisamente el de un portento del que se benefició una mujer italiana por esas fechas, en las inmediaciones de Padua³⁴. El marco es distinto del precedente: de religioso se vuelve seglar, de moral, esencialmente social; y si el trasfondo sigue siendo el de la salvación, las condiciones de ésta ya no se enfocan de modo abstracto sino plasmadas en prácticas sociales muy concretas.

Milagro de una honrada dueña caída en un lodazal

Ahora bien, leamos de antemano este caso portentoso tal como Marcos de Lisboa lo recogió de la tradición antoniana refiriéndolo en la *Primeira parte das Crónicas da Ordem dos frades Menores...*:

Em a cidade de Pádua hũa Dona honrada, indo a pos Sancto António com grande multidam de gente que sahia a pregar no campo, porque nas igrejas nam cabia a gente, em hum passo cahio na lama por os encôtrôs dos que passauam. A qual em caindo, lembrouse do perigo que ella corria, e seus *vestidos preciosos e novos* que leuaua vestidos, e com deuaçam [*sic*] se encomendou à guarda e defensam de Deos e de seu seruo frey António, porque temia a menêcória do marido, que era agastado, se tornasse pera casa cos [*sic*] vestidos cheos de lama. E logo lhe acodio a aq̃lla pressa a ajuda do Sancto que demandaua, e foy cosa marauilhosa, que se leuantou da lama sem sinal della em seus vestidos, espantados todos os que erã

³⁴ Según Fernando Félix Lopes acontecería después del Capítulo general de Pentecostés de 1230 (véase S. António de Lisboa..., cap. 21. «Nas horas grandes de Pádua», p. 247, *apud* Léon de Kerval, *Legenda Benignitas*, pp. 226-227.

presentes e a virão cair, e louuando a Deos e a seu Sancto, e muy alegre se foy ao lugar da pregaçam.³⁵

La primera diferencia entre esta relación portuguesa y la versión alemaniana de la misma historia es cuantitativa. En ésta el «milagro» de «una honrada dueña» caída en «un muy sucio cenagal» abarca seis folios: más de cuatro en forma de discurso o introito (modo de escritura muy presente en *Guzmán de Alfarache*, propia también del *Criticón* de Baltasar Gracián) inspirado por las circunstancias felices del desenlace; casi dos para la narración propiamente dicha del caso³⁶. Siguiendo su fuente, Alemán empieza por sugerir el ambiente de entusiasmo que invadía a los fieles cuando cundía la noticia de que Antonio de Bullones había de pronunciar un sermón. De ahí, con perfecta lógica estructural, la exposición inicial del marco espacial y del gentío que por él se desparramaba:

... como anduviese tanto número de gente siguiendo a san Antonio para oír su predicación, era forzoso hacerla en los ejidos, en los prados, en los montes y partes anchurosas, donde cómodamente pudiesen asistir los del auditorio: y con ser esto así, aun era necesario prevenir con tiempo lugar, porque las más veces faltaba. (S. A., II, 28, f. 220 v.)

Luego presenta con plena verosimilitud a los protagonistas y lo que les sobrevino en aquella ocasión. Sentimos no poder aprovechar el breve y edificante cuadro conyugal de un marido «mal sufrido y peor acondicionado» y su esposa, perfecta casada cuyos pensamientos y sentimientos experimentados frente a su «ropa... nueva» (que no los «vestidos preciosos e novos» de la versión lusitana)³⁷ ya estropeada merecerían estudio más cumplido. Para nuestro tema inmediato más ejemplificador resulta de momento observar cómo el hagiógrafo hispalense considera las condiciones de *su infortunada caída*. En un primer tiempo se ciñe a la versión divulgada por la tradición antoniana, aduciendo la consabida causa objetiva: «...iba caminando muy apriesa tras el santo: y atravesando un mal paso, donde había un muy sucio cenagal, no acertó a poner bien los pies en las piedras, trompezó y cayó en él, porque la mucha gente (que venían *en tropa* y *de tropel*) no le dio lugar a poderse cobrar, aunque se quisiera tener» (*ibid.*, f. 221 r.). Pero, acto seguido, no vacila en tener dicha versión por dudosa y, optando por la *primera persona del plural* e incluso la *primera del singular*, procura sustentar otro motivo más plausible aunque menos laudable, respaldado en circunstancias recreadas subjetivamente, que (según él) explicarían el tropezón de la «honrada dueña» y que nadie le acudiera:

³⁵ Véase cap. XXII: «Milagres do sancto por algũs seus deuotos», f. CLXXIV r. *Menencoria*: 'melancolia' en sentido clásico ('hipocondría'). *Agastado*: «Irado, alteroso, [altivo]» (ver António de Morais Silva, *Novo dicionário compacto da língua portuguesa*, Lisboa, Editorial Confluência, 4ª edição, 1988).

³⁶ Cf. S. A., II, 28: «Yendo una mujer en seguimiento de san Antonio para oír su predicación, cayó en un lodo con un vestido nuevo, y encomendándose al santo, se levantó dél tan limpia como si no hubiera caído» (f. 216 v.-222 v.).

³⁷ En un comentario de índole entre espiritual y teológica con el que se remata la narración del portento, Alemán lo calificará incluso de «vil y bajo vestido, de poco valor y precio» (*ibid.*, f. 222 v.). Véase *infra*, p. 27, n. 48.

Antes podremos creer que le ayudaron a caer y aun a *ponerse muy puesta de lodo*: que tales ayudas son las del mundo, muchos que os *derriben* y pocos o ninguno que os levante. Paréceme, y debió de pasar así, que como se menease para quererse levantar y no le diesen tan presto lugar, fue forzoso revolcarse y acabar de ensuciar lo poco que le quedaba limpio; y que de asco *no le daría ninguno la mano* ni querría llegarse a ella. (*Ibid.*, f. 221 r.)

Desde un punto de vista estilístico interfieren en esta cita modos verbales opuestos, que delatan cierta dualidad ambigua —entre lo real y lo supuesto—, significativa de la prudencia con que Mateo Alemán va procediendo en su reescritura muy específica del «milagro». Observemos, con todo, que los acontecimientos inmediatamente posteriores a la caída cobran vida potencial sólo después de que él haya insinuado primero y afirmado después que aquélla no fue casual sino provocada ostensible y malévolamente.

Ahora bien, para que tan graves aseveraciones o, mejor dicho, acusaciones cobrasen visos de realidad a los ojos del lector, hacía falta insistir sobre el status socio-familiar de la «mujer», relativamente elevado según el nombre que la califica, e inventar asimismo *nuevo espacio* donde actuase el afamado predicador franciscano: no las afueras inmediatas de Padua donde ella pasaría fácilmente desapercibida por la magnitud de dicha ciudad, sino un «pueblo» de mediana importancia en el que entre tanta muchedumbre sólo por extrema casualidad no toparía con alguien conocido³⁸. Pero hay más: importaba que el creador del *San Antonio de Padua*, escrito a principios del siglo XVII, prevaliéndose del silencio de la *Crónica* portuguesa acerca de la espiritualidad que sentirían los paduanos en aquel acto religioso, supusiera o diera por evidente que a la mayoría de esa turbamulta no eran la caridad ni un acendrado fervor lo que la impulsaba a correr desalada tras el futuro «santo», sino una muy dudosa curiosidad³⁹. Al fin y al cabo, todo lo contrario de la pura devoción que alentaba en el ánimo de «aquella buena dueña» atribulada, de quien Alemán exalta «el buen celo de su viaje, la sana intención de sus pasos y deseo de salvarse que llevaba» (*ibid.*, II, 28, f. 221 v.-222 r.). Cuadro tan ejemplar vuelve más acuciante aún el cínico egoísmo de esa grey paduana espiritualmente descarriada, mera transposición, a varios siglos de distancia y en plan más general, de la visión sombría que Alemán tiene de la ominosa actitud moral de sus contemporáneos castellanos:

¡Yo te prometo que si te vieren pobre, afligido, enfermo, preso y necesitado, que pocos te levanten por no ensuciarse, porque *no se les pegue lodo de tus trabajos*, por no sacar un real de su bolsa! (*Ibid.*, f. 221 v.)

De dicha insolidaridad sobre el plano humano y material (cuyos ecos suenan un tanto personales), ¡cuánto dista el porte noble y «reconocido» del predicador minorita, quien, sensible a la «tribulación» y llamada de su devota, rogó a Dios «que allí *le diese*

³⁸ «Mujer conocida debía de ser ésta, el pueblo no sería tan grande que no se hallase allí algún conocido suyo, algún amigo de su marido: pero ninguno la levantó» (*ibid.*, f. 221 v.)

³⁹ Tal hipótesis se convierte en realidad implícita cuando acudimos a un aspecto de la sátira que anticipa la relación del caso: «... no hacemos obra que no vaya con [con]trabando: adulterando la confesión, haciéndola conversación, comulgamos porque no nos descomulguen; si se oye sermón, es para curiosidad, no de nuestro aprovechamiento, sino por entretenimiento, por la invención o trazas dél, o de que nos aleguen textos extravagantes y nos digan cosas nunca oídas...» (S. A., II, 28, f. 218 v.-219 r.).

la mano pues faltaban las de los hombres, y la levantase de bajo de los pies de aquellos que la tropellaban»!⁴⁰ Por lo cual salió ella de aquel mal paso con buena ventura, ya que el Creador, atento a la oración y recomendación de ambos, «[la] levantó [...], y como iba limpia en el alma no permitió que se manchase su cuerpo ni el vestido» (*ibid.*, f. 221 v.)

Misericordia divina, virtud en la «honrada dueña» y agradecimiento de su dilecto intercesor se aúnan plasmándose en este feliz y merecido desenlace, premonitorio de la futura salvación de la protagonista puesto que ella se apresuraba en pos del predicador sólo por «el deseo de poderle bien oír para poderle bien imitar» (*ibid.*, f. 221 r.). De modo que la narración de este portentoso desenlace, entre respetuosa de la tradición hagiográfica antoniana e innovadora, resulta, postergada al final del capítulo para mantener el interés del lector, de notable ejemplaridad crítica al denunciar *por su contrario* varias formas de mal vivir que inficionan la sociedad española de la segunda mitad del siglo XVI. De cierta manera, con esta nueva versión alemaniana se instaura una sinergia genética entre la *conseja* hagiográfica y el *consejo* o, mejor dicho, la moralidad edificante siempre relacionada con la problemática de la salvación.

Enfocado ya de diversos modos (por la actitud vital ejemplar del fraile minorita asociada a la figura invertida de Cristo-Cirineo del hombre, compelido éste a cargar con la cruz), el dogma de la salvación se enriquece en este capítulo XXVIII con el concepto de *perseverancia* enfocado ya en I, 13, f. 78 r. (véase la expresión «poner con firme corazón en sus manos benditísimas [de Dios] nuestros pensamientos, obras y palabras, rindiéndonos a ellas...»). «Si te falta el aceite de las buenas obras, de la buena intención, del firme propósito de nunca más ofenderle [a Dios], no te maravilles cuando te diga que no te conoce, ni entres con Él a las bodas»: he ahí el aviso que Alemán dirige a la criatura (S. A., II, 28, f. 217 r.).

El incumplimiento de ese precepto provocará para ella, pues, como en la *parábola de los invitados a la boda* (san Mateo, XXII, 1-14), el infortunio que tuvieron que sufrir no sólo los indignos, desdeñosos del convite que el rey les hiciera para que participaran en el banquete de bodas del hijo, sino también ese «invitado» por los ministros del monarca topado al acaso por el camino, y que, nada precavido, como no tuviese «traje de boda» fue arrojado de la sala «a las tinieblas exteriores». Eso no significa que la ira del Señor sea implacable e irrevocable: Cristo-Cirineo también es pastor. Díganlo los apóstoles Mateo (XVIII, 12-14) y Lucas (XV, 3-7) con la parábola de la *oveja*

⁴⁰ Breve análisis semántico muestra el cuidado con que Alemán elaboró la narración del «milagro», pues desde las primeras líneas los modos adverbiales «en tropa y de tropel» (puestos entre paréntesis) sugieren, además de la rapidez y confusión desordenada, la *violencia potencial* de la muchedumbre (véase *Autoridades*), que queda confirmada al final por la acción cometida contra su víctima, concretada por el verbo «tropellar»: «derribar a otro con los pechos del caballo, que va *de tropel* o de otra manera violenta» (*Aut.*). Recuérdese que este mismo verbo lo ha empleado el escritor para ponderar la bondad divina que, al «[nivelar] las fuerzas humanas» procuraba que ningún «poderoso» pudiese «tropellar» al «miserable» (*cf. supra*, p. 13). En cuanto al vocablo *lodo* escogido en el texto, permite, además del sentido recto, cierta riqueza semántica, cruzándose con «dar la mano», pues la frase «sacar el pie del lodo» significa «patrocinar, amparar y dar la mano a uno para que salga de algún peligro, empeño o trabajo» (*Aut.*); y el «ponerse muy puesta de lodo» de la versión alemaniana recuerda la expresión «poner de lodo»: 'ofender'. De ahí, por la *caída* de la señora «honrada», el paso traslaticio al sentido figurado y social del verbo «derribar»: «hacer caer a una persona de su empleo, privanza o posición elevada» (*Aut.*).

descarriada, y, por antonomasia, Cristo con su misma pasión (S. A., II, 28, f. 217 r.-v.; f. 218 r.-v.). Su piedad, su ternura (insiste el escritor), al igual que las de «la madre amorosa y tierna» que no puede dejar de acudir al «regalado niño» porque «lo trujo en sus entrañas», son inagotables: tanto más cuanto que los mandamientos de Dios son fáciles de cumplir, pues (conforme añade san Mateo) «[su] yugo es blando y [su] carga muy ligera» (XI, 30). Pero tanta mansedumbre y amor (*ibid.*, VII, 7-8) hace más incomprensible aún e intolerable que el humano, «desconocido de tantos beneficios», no se empache de volver (como los israelitas que en el desierto de Sin murmuraban de Moisés) a «cudiciar las ollas de los vicios de que [se] hartaba en Egipto» (S. A., f. 217 v.).

Ese compendio de ideas con sus fuentes bíblicas no da cuenta cabal del estilo alemaniano tan peculiar que al vivo seduce. Original, sumamente eficaz para amenizar la doctrina que así se capta con mayor facilidad, su vivacidad resplandece multiforme mediante un discurso oral, a veces rico de figuras retóricas; discurso plasmado en varias formas de semi-diálogos ficticios: sea entre Cristo en persona y su criatura rescatada⁴¹, sea en un mono-diálogo del propio escritor con un interlocutor anónimo, o sea aún con el mismo pecador, como a continuación se explicita:

¿Quién confió en el Señor, y quedó confuso? ¿Quién lo llamó de corazón, que no le respondiese? ¿Quién le pidió favor, que dejase de dárselo? Y si el pecador dijere: «Pues yo le di voces, y lo llamé, diciendo “Señor, Señor”, y no me oyó, haciéndose sordo»: — Hermano mío, sí *te* respondió, pues *te* dijo que no se contenta ni basta con que de boca lo llames, teniéndolo lejos de tu corazón. [...] Él conoce sus ovejas, y ellas lo conocen a Él; no eres *tú* de su aprisco, andas huída: buscóte, cargóte // sobre sus hombros, trújote a su rebaño [...]. No te preciaste de suyo, seguiste a los del bando contrario, dejástele a su cargo la carga, la costa y el trabajo, y no quisiste disponerte a ninguno, ni aun a llevar tu Cruz, teniéndolo a Él por Cirineo: ¿qué le pides? (S. A., II, 28, f. 217 r.-v.)

⁴¹ Cuánta sea la importancia que Alemán atribuye al bueno y elegante estilo para persuadir y animar a que se siga tal o cual doctrina, lo podemos inferir de sus reflexiones acerca de la «elegancia por escritos»: «I viniendo à la tercera i última división de Música, la cual es elegancia por escritos, que, si no es más eficaz, no ai duda por lo menos tener la misma enerjía, como lo encárece Quintiliano, diziendo: *No es de menos dificultad aprender la música de las letras, que la de las cuerdas*. Conocemos esto con evidencia, quando en alguna letura de consideración ai escritas cosas alegres, parece que à gritos dicen los ojos lo que se va leyendo con ellos; i centelleando en el rostro, // se rasga la boca para que pueda salir por ella el gusto. I si son tristes, el resuello cerrado i oprimido, casi rebienta el corazón en el cuerpo, bañando las mejillas con lágrimas copiosas. Ya pues, quando lo escrito es de las Divinas letras, que son la verdadera música celestial, ò si es *vida de algún santo*, ¡a qué dolor nos provoca su penitencia ò martirio, cómo se arrebatá el alma ò dolor le causa la ofensa deDios! Disponiéndose a la enmienda, ¡qué discursos haze i qué trocada sale! ¿De quién (si pensáis) procede? No tanto de lo escrito, como de estar bien escrito; las letras concertadas i claras, la puntuación legal, ser las palabras vivas i llevar espíritu, porque aquello mismo, si tuviese barbarismos i otros errores contrarios a la ortografía, sin duda, no hiziera semejantes efetos. [...] De aquí se colije cuánta necesidad tengamos de la ortografía, pues de unas palabras mismas, por estar bien ò mal escritas, viene // a resultar que las buenas admiren, muevan, alegren i entretengan, i las malas hagan remorder i azedar al oyente, de manera que antes uviéramos elejido carecer de lo bueno, que sufrir padeciendo lo malo» (*Ortografía Castellana*, edición de José Rojas Garcidueñas. Estudio preliminar de Tomás Navarro, México, Academia Mexicana, 1981, f. 6 v.-7 v.). La modernización de la puntuación es nuestra.

Dejemos suspensa la respuesta de momento, con el fin de ponderar que éstos serán algunos de los «documentos espirituales» mentados por Juan López del Valle en su «Elogio». Muy acertado éste, por otra parte, pues así escenificados ciertos pasos del Nuevo y Antiguo Testamento con prosa gustosa y animada, por leves alusiones concretas al vivir cotidiano de los pastores castellanos frente a sus rebaños, no cabe duda de que lograrían instruir con más fortuna tan austera materia como la de la Justificación del cristiano. Si va a decir verdad, la vena estilística del *Guzmán de Alfarache* no anda muy soterrada, ni cuanto se ha apuntado hasta ahora distante, al fin y al cabo, de la enseñanza inherente al portento narrado. Su creador no podía satisfacerse, en efecto, manteniéndose en la sola esfera espiritual, meramente abstracta. Cimiento de su pensamiento en el *San Antonio de Padua*, entrañablemente sellado con la ética, dicha enseñanza, para que resultara la más fructífera posible tenía que concretarse internándose en la esfera de lo social. Tornábase imprescindible y apropiado acudir entonces a unos «discursos especulativos» de índole satírica que diesen la clave de la actitud errónea y rebelde, no ya del pecador, sino del ciudadano metido en prácticas sociales execrables.

Bien es verdad que el capítulo viene encabezado por una especie de sentencia que le confiere su lógica coherencia, con la afirmación de una *pauta espiritual* por la cual debiera regirse indefectiblemente la conducta de dicho ciudadano: «[tomar] a Dios por fin» cuando se emprende una cosa; sólo así «serían los medios fáciles y los paraderos venturosos, obrándose todo bien» (S. A., II, 28, f. 216 v.). Buen paradero se le deparó a nuestra devota «dueña», quien se apresuró en pos del predicador impelida sólo por «el deseo de poderle bien oír para poderle bien imitar» (*ibid.*, f. 221 r.). Pero no así se gobernaban los ciudadanos o vasallos del Rey Prudente en la sociedad donde vivían y actuaban. Aunque dotados de entendimiento («farol que puso Dios en el alma, de donde recibe luz clara la ignorancia, con que conozca y siga la ciencia», S. A., III, 10, f. 352 v.), como viven «tan olvidados de Él y tan sin Él», se resuelven en todos sus *actos* (por ser demasiado confiados de sí mismos) «con sólo [su] parecer [...], guiándolo por los caxcados y rotos arcaduces de [su] miserable y flaco juicio» (*ibid.*, II, 28, f. 216 v.). Bien significativo de la visión alemaniana del mundo y de sus coetáneos es que dicho modo de comportamiento venga simbolizado en el *San Antonio de Padua* por la *fábula* pagana del mito de Sísifo:

Y cuando nos parece que habemos ya llegado a lo alto de la cuesta, en el puerto de la sierra, nos hallamos al pie della, comenzando a subirla de nuevo, sin cesar ni acertar, como el que cuenta la Fábula. (S. A., II, 28, f. 216 v.)

¿Quién no recordará al respecto las reflexiones de Guzmán ya adulto, casi en trance de graduarse de bachiller en teología, después de seis años largos pasados cursando artes, metafísica y teología en las aulas de la insigne universidad de Alcalá de Henares?

No ha sido mala cuenta la que di de tantos estudios, de tantas letras, de verme ya en términos de ordenarme y graduarme, para poder otro día catedrar, por lo menos, porque pudiera, según la opinión que tuve. Y ya en la cumbre de mis trabajos, cuando había de recibir el premio descansando dellos, *volví de nuevo como Sísifo a subir la piedra*. Considero agora lo que muchas veces entonces hice. ¡Cómo sabe Dios trocar los disinios de los hombres! ¡Cómo

ya hecho el altar, puesta la leña, Isac encima, el cuchillo desnudo, el brazo levantado descargando el golpe, impide la ejecución!

«Guzmán, ¿qué se hicieron tantas velas, tantos cuidados, tantas madrugadas, tanta continuación a las escuelas, tantos actos, tantos grados, tantas pretensiones?» Ya os dije, cuando en mi niñez, que todo avino a parar en la capacha, y agora los de mi consistencia en un mesón, y quiera Dios que aquí paren. (*Guzmán de Alfarache*, II, l. III, cap. 4, p. 431)

La alegoría de Sísifo propia del *San Antonio de Padua* —reiterada un año escaso después en la *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana* (publicada a fines de 1604) e ilustrativa ya de la *Primera parte...*, según se infiere del segundo párrafo de la cita que acabamos de leer («cuando en mi niñez...») — aparece pues como clave filosófico-ética de un pensamiento crítico solidario y coherente. Por eso, no será ninguna casualidad que en este fragmento del *Guzmán* mal calificado como «picaresco», Alemán eche naturalmente mano de la misma comparación bíblica del sacrificio de Isaac por Abraham, aplicándola a situaciones vitales diferentes, es cierto, pero con idéntica finalidad a la de su empleo en el *San Antonio de Padua*⁴². Valedera ya en el plano literario, nuestra afirmación se afianza más aún si consideramos la problemática tratada en el pasaje citado de la novela. Esas meditaciones de Guzmán, en efecto, las estampa «un hombre de claro entendimiento, ayudado de letras y castigado del tiempo», contemplando el desastroso *desenlace* de un largo e importantísimo período de su vida. Desenlace erróneamente imprevisible para su *alter ego* otrora, aunque ineludible ante un Dios misericordioso pero justiciero: su castigo correspondió efectivamente a una elección tanto más odiosa cuanto que atañía al ámbito de la religión, más precisamente a la vocación sacerdotal. Muy ajeno a ella y con la mira nada puesta en solo Dios, el mercader fallido quiso «saber letras» sólo por «mala inclinación»: en definitiva, «para comer dellas y no para frutificar en las almas»; para «ser oficial de misa y no sacerdote de misa»⁴³. Un mismo espíritu anima críticamente estas páginas del *Guzmán de Alfarache* y los folios introductorios del capítulo XXVIII de la obra hagiográfica antoniana de Alemán. Espíritu y letra idénticos cuando éste, confiriendo a esa temática religiosa toda la amplitud conveniente, vitupera:

Usamos de Dios Nuestro Señor como del cebo en el anzuelo, para cazar al prójimo; y siendo la sagrada religión escala para el Cielo, hacemos de sus *cuerdas lazos* con que cazar las temporalidades, vanidades del mundo. (*S. A.*, II, 28, f. 219 v.-220 r.)

Obvio en los términos concretos y comparaciones triviales empleados, el *vil pragmatismo casi sacrílego* que preside a cualquier acto humano atañe *primero* a las relaciones interpersonales de los españoles, como consta en este aserto: «Si se da *limosna*, es a voz de trompeta; si hacemos algún *virtuoso ejercicio*, es publicándolo para que todos lo sepan, y no con otro ánimo que de engañar»⁴⁴. Pero ¿qué mucho que así

⁴² De modo general este paso del *Éxodo* sirve para ponderar los «misterios y grandezas de [las] ordenaciones divinas» (*supra*, p. 11, 12); pero en *S. A.* I, 12, 71 v. se aduce la misma escena sacrificial no con finalidades críticas, sino para alabar la total y abnegada obediencia que a Dios se le debe.

⁴³ Véase *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache...*, ed. cit., l. III, cap. 4, pp. 406-407.

⁴⁴ Esta actitud nada edificante contraviene la doctrina evangélica de san Mateo VI, 1-2: «Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres para que os vean; de otra manera tendréis recompensa ante

acontezca entre la población común y seglar, si (como se ve en la penúltima cita) la ambición profana inficiona a los miembros del mismo estamento eclesiástico, menos celosos de escalar el cielo con obras buenas, que, mediante malas, de alzarse en la sociedad con las *temporalidades*; es decir, aquellos «frutos» o dineros en tabla que les proporcionarían una eventual aunque indebida consecución de prebendas y dignidades? El margen entre este ámbito religioso y el campo de lo social, en el que nos internamos resueltamente a continuación pese a tratarse de la vida de un «santo», es ínfimo, cuando se censura que tanto *engaño e inmoralidad* se hayan propagado por las élites sociales que en aquella época ocupaban los cargos civiles del reino:

Tan contraminadas están las obras, que ninguna hacemos que lo sea. [...] Así falta en el cuerpo salud por estar las almas enfermas; los tiempos mienten, porque los gastamos en mentir; no acuden los *frutos* porque los queremos para nuestras *regatonerías*, haciendo *estancos* en ellos y caudal dellos aquellos que gobiernan la república para robarla con mano poderosa, y siendo administradores fieles, los administran con infidelidad contra el pobre. (S. A., II, 28, f. 219 v.-220 r.)

En efecto, más allá de la primera persona del plural, algo abstracta si bien contribuye a dar mayor amplitud a la visión satírica, el blanco a que asestan los tiros críticos de Mateo Alemán está ya bien claro, e identificados precisamente los responsables que los merecen por las actividades delictivas que ejercen. Trátase de un problema de interés colectivo, político-económico: el de la administración de las ciudades en materia de abastecimiento de los «frutos»; dicho de otro modo, de «todo lo útil que produce la tierra». En rigor, se denuncia la prevaricación de los *regidores* que, respaldados en las prerrogativas de su cargo, lo deturpan con fines lucrativos personales. Dañosa «granjería» difamada en el texto, pero floreciente en la sociedad, pues aquellos que se apoderaron del regimiento, comprando al por mayor los cereales, los monopolizan de

vuestro Padre que está en los cielos. Cuando hagas, pues, limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa». Aparece también satirizada en el Libro Tercero de *San Antonio de Padua* con idéntica alusión a la «trompeta» como símbolo de la *binchazón de los ricos*: «... como, por la mayor parte, lo que se da va metido en cajas doradas de vanagloria, especialmente ricos, que pocas veces hacen cosa que tal no sea, se alegran dando, por lo que juntamente van recibiendo; son como los fuelles, que si mucho aire dan, mucho aire reciben; reventarían con el peso si aquel viento que les entra no saliese, y así son viento sus cosas todas. No sienten lo que dan, con el sonido de las *trompetas* con que lo publican: todo cuanto dan les parece nada, respeto de oírse pregonar por liberales, dadivosos, francos, y que son unos príncipes» (VIII, f. 324 r.). Pero, sin duda alguna, la mejor ilustración del pensamiento alemániano al respecto, es decir sobre las perversas finalidades sociales que tal cinismo entrañaba, la suministra la confesión de Guzmán antes de que lo condenen a galeras: «¿Cuántas veces también, cuando tuve prosperidad y trataba de mis acrecentamientos —por sólo acreditarme, por sola vanagloria, no por Dios, que no me acordaba ni en otra cosa pensaba que solamente parecer bien al mundo y llevarlo tras de mí, que, teniéndome por caritativo y limosnero, viniesen a inferir que tendría conciencia, que miraba por mi alma y hiciesen de mí más confianza— hacía juntar a mi puerta cada mañana una cáfila de pobres y, teniéndolos allí dos o tres horas por que fuesen bien vistos de los que pasasen, les daba después una flaca limosna y, con aquella monada que de mí recibían, ganaba reputación para después mejor alzarme con haciendas ajenas. [...] Si acudí a los hospitales, anduve romerías, frecuenté devociones, royendo altares, no faltando a sermón de fama, en jubileo, ni a devoción pública, todos aquellos pasos eran enderezados a cobrar buena fama, para mejor quitar a el otro la capa» (*Guzmán de Alfarache*, P. II, l. III, cap. 7, pp. 475-476).

tal modo que con asientos o *estancos* pueden acotar los precios fuera de toda competencia, impidiendo que otros puedan tratar y contratar en esos mismos géneros. He ahí la problemática planteada, y ese sistema de mala gobernación fomentado infielmente⁴⁵ por quienes debieran regirse con rectitud, o, en términos del capítulo XXVIII del *San Antonio de Padua*, «[llevando] delante la luz divina», por tener mayores responsabilidades⁴⁶: un sistema cuyo mecanismo quedó ya desmenuzado en la *Primera parte de la vida de Guzmán de Alfarache*, en unas reflexiones que al narrador se le ocurrieron con motivo del pan ruin «hecho engrudo» que en tiempos de su mocedad comiera en la primera venta:

Era el año estéril de seco y en aquellos tiempos solía Sevilla padecer; que aun en los prósperos pasaba trabajosamente: ¡mirad lo que sería en los adversos! No me está bien ahondar en esto ni decir el porqué. Soy hijo de aquella ciudad: quiero callar, que todo el mundo es uno, todo corre unas parejas, *ninguno compra regimiento* con otra intención que para *granjería*, ya sea pública o secreta. Pocos arrojan tantos millares de ducados para hacer bien a los pobres, antes a sí mismos, pues para dar medio cuarto de limosna la examinan.

[...] Desta manera pasa todo en todo lugar. Ellos traen entre sí la masa rodando, hoy por mí, mañana por ti, déjame comprar, dejaréte vender; *ellos hacen los estancos en los mantenimientos*; *ellos hacen las posturas como en cosa suya* y, así, *lo venden al precio que quieren*, por ser todo suyo, cuanto se compra y vende.

[...] Mas ¡ay! cómo nos engañamos, que somos los vencidos, y el que engaña, el engañado. (G. A., P. I, l. I, cap. 3, pp. 169-171)

Por cierto que a engaño no podrán llamarse tan perniciosos prevaricadores de la «república» pues la «gobiernan» sin escrúpulos en daño del bien común; ni podrán consolarse ni escudarse acudiendo, como el lector prudente del *Guzmán de Alfarache* pudo observarlo ya⁴⁷, a la falaz excusa del «¿Quién tal pensara?», aforismo también presente en nuestro capítulo XXVIII del *San Antonio de Padua* (II, f. 217 r.). Actuando con pleno conocimiento de causa, a éstos, como a cualquier ciudadano español de la

⁴⁵ Véase S. A., II, 28, f. 219 v.-220 r. En cuanto al estilo, merece destacarse la dilogía plasmada en la ambigüedad semántica del término *fiel/fieles*, ya con su valor de sustantivo (*fiel*: «Se llama la persona que tiene a su cargo el peso público en que se deben pesar todos los géneros que unos venden a otros, o las monedas que se entregan o truecan»; *fiel executor*: «El regidor a quien toca en alguna ciudad o villa asistir al reposo», *Autoridades*), ya de adjetivo, contrapuesto al adverbio *infelizmente*.

⁴⁶ *Ibid.*, 28, f. 217 r., con clara alusión a san Mateo, V, 14-16. En cuanto a la idea de la proporcionalidad de la *responsabilidad* con respecto a la importancia del cargo desempeñado por el ciudadano, sea civil o eclesiástico, léase el juicio siguiente entresacado del Libro Segundo del *San Antonio de Padua*: «El sancristán, el capellán, el cura, el beneficiado, el obispo, el arzobispo y más dignidades, cada una en su lugar, a más están obligados que un soldado, que un labrador o que un mercader negociante...» (X, f. 153 r.).

⁴⁷ Del «Penséque [...] voz de necios», pues, según Covarrubias, se dice esto «a los que se excusan de sus descuidos en negocios de importancia, diciendo “no pensé”, “quién pensara”, porque el prudente todo ha de mirar», se vale Guzmanillo en sus desengañadas reflexiones sobre su mal considerada partida de casa de su madre: «¿Quién creyera que el mundo era tan largo? Había visto unas mapas; parecióme que así estaba todo junto y tropellado. ¿Quién imaginara que había de faltarme lo necesario? No pensé que había tantos trabajos y miserias. Mas, ¡oh, cómo es el “no pensé” de casta de tontos y propio de necios, escusa de bárbaros y acogida de imprudentes! Que el cuerdo y sabio siempre debe pensar, prevenir y cautelar» (P. I, l. I, cap. 7, pp. 208-209).

segunda mitad del siglo XVI poco precavido en su conducta moral y social, el autor les recordará sin amenidad alguna y mediante una frase proverbial que su responsabilidad es total: «Hermano mío, dicho está de suyo, *la vihuela se lo tañe*: nuestro propio es el errar» (*ibid.*, f. 217 r.). No en balde tiene libre albedrío el hombre ni se llaman las obras buenas en el *campo espiritual y teológico*. Frente a estos hombres, a estos «*poderosos*» que se desviven por granjear «lo acesorio», mostrándose reacios a emprender cualquier acto social que se encamine a «lo principal», o sea a merecer su futura «salvación», Mateo Alemán proclama con vehemencia que, por magna e inagotable que sea la misericordia divina hacia el pecador arrepentido⁴⁸, Dios castigará sus *públicos agravios* y *sinrazones* para manifestarles aun en la tierra «su justicia»:

¿Por qué todo no se ha de acabar, si no queremos comenzar en las cosas de nuestra salvación?
 ¿Están ahorcando un ladrón, y su compañero en aquel acto, presente y robando! Castiga Dios nuestros pecados con enfermedades y trabajos y a ojos vistas, llevándonos los padres, los hijos, las mujeres, los parientes, vecinos y conocidos...⁴⁹

En la magnífica alegoría de *la luz* y de *la cera* a la que recurre Guzmán de Alfarache para declarar «cuál deba ser el hombre con la dignidad que tiene», idéntico juicio cunde de su pluma:

¿Qué piensa el que se hace cera cuando a uno le quita su justicia o lo que justamente merece y lo trasmonta en el idiota que se le antoja? ¿Sabes qué? Derrítese y gástase, sin sentir cómo ni de qué manera. Acábasele la salud, consúmesele la honra, pierde la hacienda, fallecen los hijos, mujer, deudos y amigos, en quien hacían estribos de sus pretensiones; andan metidos en profundísima melancolía, sin saber dar causa de qué la tienen. La causa es, amigo, que son azotes de Dios, con que *temporalmente* los castiga en la parte que más les duele, demás de lo que para después les aguarda. Y así lo permite su Divina Majestad para consuelo de los *justos*, que los que *disolutamente* pecan haciendo *públicos agravios* y *sinrazones*, castigarlos a ojos de los hombres, para que lo alaben en su justicia y se consuelen con su misericordia, que también lo es castigar al malo. (G. A., P. I, l. II, cap. 3, pp. 281, 286-287).

En este fragmento, el «malo» se identifica con aquellos «príncipes y sus ministros de justicia» que pervierten las provisiones de los oficios que les incumbe repartir en los altos cargos de la sociedad civil; aquéllos a quienes Mateo Alemán vituperará o dará algunos consejos al respecto en algunos capítulos del *San Antonio de Padua* que

⁴⁸ Esta enseñanza teológica sirve de remate a la riquísima, contrastada pero solidaria temática generada por el caso de la «buena dueña» caída «en un lodo»: «Confíen los pecadores que de veras llamaren a Dios en su mayor necesidad; válganse de santos para que rueguen por ellos, y crean que quien acudió a dejar limpio un vil y bajo vestido, de poco valor y precio, no permitiéndole mancha ni señal de lodo, no dejará de dar la mano a los que cayeren, aunque se hayan revolcado en el cenagal de los vicios y los haya hollado el demonio. Si de contrito corazón se convirtieren, invocando su benditísimo nombre, *lavarálos, dejarálos más blancos que la nieve*, hará por ellos mucho, porque los ama y le costaron mucho; daráles alegre vida, porque por ellos padeció afrentosa muerte» (S. A., II, 28, f. 222 r.-v.). Además de la doctrina sobre el valor de los méritos inherentes a la Pasión de Cristo, reiterada a lo largo del *San Antonio de Padua*, merece sobre todo encomiarse, dentro del enfoque que privilegiamos, la maestría del hagiógrafo hispalense, quien, al insertar en su texto el canto de penitencia de David por haber pecado con Betsabé (*Salmos* L, 9) logra utilizar con sutileza, semántica y doctrinalmente, las más nimias circunstancias concretas del «portento» narrado.

⁴⁹ *Ibid.*, f. 220 r.

merecen análisis específico. Los «malos», en resolución, como acabamos de comprobar en el capítulo XXVIII de dicha obra, son los *poderosos*, los *potentados del siglo*; y sus víctimas, los *pobres*, identificables sea por su necesidad, o sea por su virtud. Ambas categorías sociales, antagónicas, siempre presentes en esa cosmovisión del mundo, del hombre y de la sociedad que procuramos desentrañar tomando por blanco el de la reescritura en la obra hagiográfica alemaniana. De cuyo capítulo XXVIII (entre otros posibles que a continuación se estudiarán por resultarle complementarios), rebosante de original riqueza tanto formal y estilística como cultural y temática, se perfila una evidencia digna de meditar: expresada en tono menor y más accesible al lector que la materia del *Guzmán de Alfarache*, esta evidencia consiste en una simbiosis coherente y solidaria de todos los planos que conforman el contenido del *San Antonio de Padua*, desde lo teológico y espiritual hasta lo ético, plasmado en vivencias socio-políticas. En breves términos, todo pasa como si Alemán promoviera una interiorización del dogma teológico y del sentimiento religioso paralelamente a una socialización de ambas entidades espirituales y abstractas. Ahora bien, acaso no quepa mejor capítulo que éste (conforme quedó ilustrado mediante las varias y progresivas correspondencias intertextuales aducidas) para comprobar además cuán indefectible coherencia ideológica informa la globalidad de la obra de este escritor, y qué tipo de incidencias tiene aquélla sobre la problemática de la *reescritura*. Muy obviamente, tal particularidad concurre a enriquecerla, confiriéndole nuevas dimensiones que compelen al investigador a emprender indagaciones más exigentes y, por ende, preñadas de perspectivas más fructíferas. Pues, superando el mero cotejo de las fuentes tradicionales antonianas con el texto original del *San Antonio de Padua*, cabe asimismo confrontarlo dialécticamente con la obra magna del escritor sevillano, el *Guzmán de Alfarache*; y ello con vistas a más honda y mutua comprensión de ambas obras, y consiguientemente, a más ponderada interpretación de toda su creación literaria.

Por ese camino crítico ya seguido en páginas anteriores proseguiremos, pues, nuestra aproximación crítica a la *reescritura*, dedicándola a la segunda vertiente complementaria e inaplazable, del tema escogido, o sea la visión satírica de ricos y *poderosos* (hasta ahora apenas vislumbrada).

II. LOS PODEROSOS

Con dicha finalidad, volvamos por última vez a ese mismo capítulo XXVIII de la hagiografía para recoger el hilo interrumpido del diálogo que Alemán entablara en él con aquel «pecador», quien, por no disponerse al menor acto virtuoso, ostentaba sumo desprecio precisamente hacia Aquel que murió en la Cruz por salvarle, siendo Cirineo suyo. ¿Será insignificante, al respecto, que Cristo, recordándole su Pasión, la evoque (en otro diálogo) mediante estos términos: «... siendo *Señor*, tomé forma de siervo; era *poderoso*, humilléme como el más triste gusano»? No lo creemos. En cualquier caso, lo que sí sabemos (por constar en páginas anteriores) es que a ese «poderoso» en la tierra se dirigió el escritor para que le diera razón de su conducta. «¿*Qué le pides?*» a Dios, le preguntó. Y hasta ahora aplazada, la respuesta, así por los castigos divinos ya mentados, como por todos los requisitos exigidos para que los cristianos merezcan el paraíso, cae lógica y conminatoria:

¿Pensaste por ventura que comiendo y bebiendo, jugando, jurando y perjurando, siendo vicioso y sedicioso, habías de irte a la gloria? ¿Glorias en el suelo y en el Cielo? ¿Bien acá y mejor allá? ¿En el mundo enemigo de Dios y en el Cielo hijo suyo? ¡Dilo tú si lo hicieras con lo que más en tus ojos luce! Si porque no te hizo la reverencia como al Santísimo Sacramento, si porque no siguió tus parcialidades, si porque favoreció (contra tu tiranía) la justicia, si porque te respondió con la verdad contra tu mentira, lo aborreces de muerte, y hasta ella no se la perdonas, concluye con ese silogismo, haz esa consecuencia, que será bien que se haga contigo: ¡cuánto más aborrecerías de veras a quien de veras te ofendiese y desease matarte! (S. A., II, 28, f. 218 r.)

Mediante este apóstrofe escrito en estilo vivo y alerta, engalanado con algunas figuras de estilo (*similiter cadens*, anáfora o epífora), salen increpadas, además del exceso de pasiones carnales, la falta de templanza, honradez y ponderación en los tratos humanos; de probidad, ecuanimidad y rectitud moral hacia cuanto atañe al dominio de la justicia o, más abstractamente pero con vastas implicaciones vitales, a la defensa de la *verdad*, concepto esencial para Mateo Alemán⁵⁰. En resolución, incompatibles con la gloria celeste, salen a relucir entre ciertos pecados privados (representativos, es cierto, del tren de vida de los *puidentes*) grandes defectos morales potenciadores de inúmeros y graves delitos públicos. Todo ello perpetrado al amparo de la soberbia y del odio, del *poderío en suma, con perjuicio de otros varones, ciudadanos o comunidad* tanto más beneméritos cuanto que parecen luchar por no dejarse avasallar, procurando con valor y entereza moral defender valores humanos cuyo blanco discrepe del solo lucro y acrecentamiento personales.

Este antagonismo se verifica, precisamente, en un caso portentoso protagonizado por el rey don Afonso Henriques a favor del monasterio de Santa Cruz de Coimbra donde quedó sepultado. Aunque extemporáneo de nuestro *corpus* primitivamente deslindado, pues ocurriría en el primer tercio del siglo xv según tradición manuscrita medieval⁵¹, daremos en él una breve cala que confirmará ciertas posturas alemanianas recién expuestas.

⁵⁰ Simbólico de ello lo es el capítulo VII de la *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache* en el que el protagonista, a lo largo de unas cuantas páginas repletas de sentido social y espiritual, y con el fin de «fabricar un hombre perfeto» (Libro I, p. 127), expone en estilo dialogado múltiples «*verdades*», entre las cuales entresacamos algunas de las que van asestadas contra los «príncipes»: «Mentir y adular apriesa, que es manjar de príncipes. No, en buena fe, sino llegaos y decidles que no jueguen, que tienen el estado consumido y a los vasallos pobres, que no sean disolutos por las calles ni en las iglesias, que dan ocasión a muchos escándalos y daños, que no sean disipadores pródigos, que se pierden y empeñan por la posta; que, pues tienen para malbaratar, que sepan pagar a sus criados, que andan rotos y hambrientos; que, si pueden o tienen favor, que lo dispensen con los pobres; [...] que, siquiera las fiestas para oír misa se levanten a tiempo; que confiesen de veras y no para cumplir con la parroquia, como cristianos de solo nombre, que hay hombres que tasadamente tienen fe para que no los castiguen; que miren por sí, que son hombres y, si viejos, ya están luchando a brazos con la muerte, la sepultura en medio. [...] No hay burlarse con poderosos ni mentar verdades» (*ibid.*, pp. 123-125).

⁵¹ Para la fuente manuscrita, véase *Livro das Lembranças*, Biblioteca Pública Municipal do Porto, núm. 79 (Antiguo mss. de Santa Cruz, núm. 86). Fue escrito entre 1441 y 1459. Existe una edición crítica moderna de António Cruz, *Anais, Crónicas e Memórias avulsas de Santa Cruz de Coimbra*, XI centenário da Presúria de Portugal, Textos publicados com uma introdução..., Porto, Biblioteca Municipal, 1968. Para más detalles, cf. Henri Guerreiro, «Santa Cruz de Coimbra y el *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán», *Criticón*, 26, 1984, pp. 41-63.

El caso del prior de Santa Cruz de Coimbra y un oidor de Montemor-o-Velho

El caso es muy sencillo: Enfréntanse un oidor llamado Martín Domínguez de la Sierra y el prior del monasterio de Santa Cruz. Aquél codicia un «majuelo» feracísimo, que pertenece al convento y linda con «unas viñas» del juez. Éste primero procura que el prior se lo venda. En vano. Viendo fallidos todos los esfuerzos, decide apañárselas recurriendo a medios un tanto cautelosos, según se vislumbra en la fuente medieval portuguesa: «... falou com homens de Monte-Moor que já trazia afeccionados pera dizerem, asy como diserom, que as dictas bacelladas Embarguauam o caminho que Era E sempre fora púbrico. [...] E este conselho foy fecto Em Monte-Moor com os officiaes do Conselho...»⁵². Aunque sugestivo, el texto portugués resulta algo vago; pero ya no lo es, una vez remozado e inserto en el contexto del *San Antonio de Padua*:

Trató [el oidor] con ciertos amigos que tenía en Monte Moor, los *poderosos y mandones* dél, que (a voz de concejo) pidiesen aquel majuelo, diciendo ser tierras del camino real, con lo cual conseguiría su deseo. Hízose como lo pidió, y sentenció como lo pidieron: el pleito se fulminó en los aires y se sustanció en la uña. (S. A., I, 4, f. 20 r.)

Las modalidades adverbiales que califican cómo se formó el proceso y determinaron la sentencia definitiva a favor del concejo sus mismos miembros —no ya esos «homens de Monte-Moor» sino «los poderosos y mandones dél» en palabras de Alemán— le permiten denunciar la prevaricación de éstos y el soborno y tráfico de influencia perpetrados por aquel *oidor*, personaje que en una *audiencia* goza de eminente poder⁵³, concretado en nuestro caso por la amplia jurisdicción que tiene sobre Coimbra y tierras de Montemor-o-Velho, pueblo situado a unos treinta kilómetros de dicha ciudad.

«¡Esto hace un juez apasionado y sabe deshacerlo Dios!» comenta el escritor hispalense sarcástico, acorde con su visión del mundo y desenlace de esta «historia» que él sigue recogiendo del *Livro das Lembranças*⁵⁴. Dios, en efecto, no podía desentenderse de tan injusta expoliación paliada con visos de legalidad: y casi en el acto y lugar mismo de su delito, castigó al autor de él, quien se empeñó en llevarlo a cabo con soberbia e indecoroso desacato hacia el prior del convento de Santa Cruz de Coimbra, su víctima:

Él [el prior] fue luego al majuelo sin detenerse un punto, mas ya, cuando llegó, halló al oidor con los de Monte Moor que lo comenzaban a descepar. Y viendo el oidor al prior, como haciendo burla, decía: «Hágasele al señor prior todo buen tratamiento». Y, torciendo la boca,

⁵² *Livro das Lembranças*, f. 21 r. *Bacelada*: «Plantação de bacelos: 'vinha nova'» (António de Morais Silva, *Novo Dicionário Compacto da Língua Portuguesa*, 4ª ed., Lisboa, Editorial Confluência, 1988, 5 vols.).

⁵³ Véase al respecto la representación gráfica de *letrados* castellanos en el ejercicio de sus funciones, sacada del libro de Manuel Fernández de Ayala Aulestia, *Práctica y formulario de la Chancillería de Valladolid*, comentado por Jean-Marc Pelorson, *Les «Letrados» juristes castillans sous Philippe II. Recherches sur leur place dans la société, la culture et l'État*, Le Puy, 1980, pp. 64-68.

⁵⁴ «... o dicto ouuidor disse que era muj bem que fezessem honrra a[o] dicto Senhor prior E em dizendo jsto açenaua aos que vijnham com as eyxadas já a cousa fecta que deffezesem o dicto vallo; E açenaua com a boca E com os olhos que deffezesem o uallo aos homens que tijnham [com] as eixadas E loguo se lhe torçeco a boca E de todo ponto perdeo a falla, E asy tolheito se foy dally E nunca majs fallou. E [a] poucos dias se finou» (*Livro das Lembranças*, f. 21 v.).

señalaba con ella que prosiguiesen la obra. Viose aquí una grande maravilla del Señor, que con aquellos visajes que hacía con la boca, se le quedó torcida, y perdida la habla, de lo cual murió brevemente. (S. A., I, 4, f. 20 r.-v.)

El caso de la condena de un arrendador difunto

De mucha mayor amplitud textual y alcance temático que esa relación de la muerte del oidor, ilustrativa a secas de cuánto le preocupaban a Mateo Alemán los abusos de poder cometidos en los regimientos, resulta la de un «arrendador difunto», paradigma del «avariento» en cuya figura vienen estigmatizadas la *cupiditas*, la *aviditas*, «vicio capital» según Covarrubias. Narrada en el capítulo V del Libro segundo del *San Antonio de Padua*, su muerte o, mejor dicho, su «condenación» eterna es evocada en un sermón por el predicador minorita a quien la viuda y deudos de aquel ávaro encomendaran «predicase a sus honras» (f. 129 r. y 134 r.). No es la rareza del desenlace en el que el taumaturgo hizo alarde de don de profecía o «divina revelación», vaticinando ante los «herederos, parientes y amigos» atónitos las vías incógnitas por las que Dios a veces llega a manifestar su justicia ya en la tierra, la que crea la *originalidad* de la versión alemaniana, plenamente acorde con la tradición. Esa originalidad brota de la suma discrepancia que media entre la *concisión* de las fuentes, meramente circunscrita a la literalidad del caso en sí, y cuánto consigue explotarla Alemán, explayándose en riquísima y variada materia doctrinal y literaria. Un mero cotejo del espacio textual dedicado respectivamente a la narración del portento es de suyo muy significativo. Limitándonos siempre a las fuentes franciscanas de la segunda mitad del siglo XVI, digamos que si Luis de Rebolledo, fiel recopilador de Marcos de Lisboa⁵⁵, se contenta con escribir dieciocho renglones al respecto, éste menos prolijo aún se había mostrado, como puede verse con las seis líneas de su condensado relato:

Pregãdo hũa vez o sancto em huas exequias dhum onzeneiro, tomou por thema aquellas palauras de Christo: *Onde stã o teu thesouro, aly stã o teu coraçam*. E disse: «Morreo este rico e stã sepultado em o inferno». E disse aos parentes do onzeneiro: «Idi [*sic*] à arca do dinheiro e thesouro d[e]ste morto e no meyo delle achareis o seu coraçam, porque o nam trouxe à sepultura no corpo». E foram como o sancto mandou, e acharam o coraçam entre o dinheiro, q̃ staua ainda quente.⁵⁶

La versión alemaniana es muy diferente. No tanto por abarcar esta historia, en el *San Antonio de Padua*, un folio entero (f. 133 v.-134 v.), como porque —conforme al esquema formal del capítulo XXVIII— va precedida de un extenso comentario crítico-didáctico⁵⁷. Aplacemos momentáneamente su estudio, para sugerir primero qué rasgos originales entrañan la misma redacción del solo portento. Como casi siempre⁵⁸ Mateo

⁵⁵ *Primera parte de la Chronica general...*, cap. 39: «De algunos milagros que sucedieron en la predicación de San Antonio», f. 300 r.

⁵⁶ Véase Marcos de Lisboa, *Primeira parte das Chronicas dos frades Menores...*, Livro quinto, cap. X, f. CLXVIII v. *Onzeneiro*: «Que pratica a usura; usurário, onzenário» (António de Moraes Silva, *Novo Dicionário Compacto da Língua Portuguesa*).

⁵⁷ S. A., II, 5, f. 129 r., renglón 17 - 133 v., renglón 18.

⁵⁸ Compárese, por ejemplo, con S. A., III, 10, cuyo extenso y sustancial introito centrado sobre la *excelencia del hombre* basada en la armonía de las tres potencias del alma («memoria, entendimiento,

Alemán procura esmerarse en crear un ambiente de verosimilitud, dando al cuadro narrado su lógica interna. Omitida en las fuentes franciscanas, impónese dicha lógica desde el introito del relato alemaniano con la evocación escueta de las razones por las que Antonio de Bullones se encuentra predicando por el «arrendador»; luego, dejando suspensa la rareza del desenlace, pero no el hecho de que al taumaturgo Dios le gratificara con don de profecía, afirma de antemano la condena de aquél, aclarando de paso el motivo de la sentencia divina sufrida por el réprobo; es decir, «la desordenada codicia del dinero», reñida con su salvación, pues quedan así incumplidos los preceptos dados por Yavé a Moisés en Éxodo XX, 23: «No os hagáis conmigo dioses de plata, ni os hagáis dioses de oro». Presente en la tradición antoniana, el tema del sermón, entresacado de Mateo VI, 21, así se encajaba de perlas en el texto del *San Antonio de Padua*: «Ahí está tu corazón adonde tienes el tesoro»⁵⁹. Según consta en la fuente lusitana, ni una palabra escribió el obispo de Porto relativa al contenido del sermón; Rebolledo, por su parte, si bien puntualiza algún que otro pormenor, muy poco o nada añade⁶⁰. Confrontado a tanta pobreza textual, Mateo Alemán procura enriquecerla: cierto es que integra la breve escena del cronista sevillano, pero la supera escenificándola y exornando las últimas palabras del predicador franciscano con algunos rasgos de elocuencia dignos de su fama:

Predicó en este paso divinas cosas y altísimos conceptos, y en lo último del sermón, volviendo el rostro y enderezando sus palabras a la tumba que tenían hecha, sobre la sepultura del muerto dijo: «¡Desventurado de ti, que ahí estás enterrado y ahí tienes tu cuerpo, pero no todo entero, pues dejaste tu corazón en el cofre de los dineros que granjeaste! Allí atesoraste y allí lo dejaste, que no veniste con él a la tierra!» (S. A., II, 5, f. 134 r.)

Énfasis, anáforas y *similiter cadens* confieren a esa apóstrofe el ritmo y el tono profético que convenían para sugerir el asombroso castigo que, apenas de regreso a casa para inventariar los bienes, se les manifestaría concretamente, ante sus ojos atónitos, a los herederos del avariento:

voluntad») y los cinco sentidos (f. 349 r.-358 r.) se enlaza de modo artificioso con la breve y banal relación de tres curas «milagrosas», la de un ciego y dos tuertos (f. 358 v.-361 v.); o aún con S. A., III, 11, cuyo capítulo entero narra nueve «milagros de ciegos, mudos y sordos» (f. 361 v.-367 r.), de interés muy relativo. No olvidemos tampoco, del mismo Libro III, el capítulo 12 rematado por una sarta de «milagros» mediante los cuales resultaron sanos unos seis «tullidos» (f. 375 v.-377 v.), aunque en perjuicio del estilo de Mateo Alemán.

⁵⁹ «Encargaron a san Antonio la viuda y deudos de un defunto que predicase a sus honras; y como por divina revelación supiese que se había condenado a los infiernos por la desordenada codicia del dinero, estimándolo en más que su salvación, pues hizo ídolo en él a quien adoraba, tomó por tema de su sermón aquellas palabras del sagrado Evangelista san Mateo, en el capítulo sexto, donde dice: *Abí está tu corazón adonde tienes el tesoro. Los que atesoran en Dios, en Dios tienen su corazón, y los que atesoran en la tierra en la tierra lo tienen*». Alemán invierte los términos de la fuente bíblica (*Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum*) y glosa el versículo (*ibid.*, II, 5, f. 133 v.-134 r.).

⁶⁰ «En vnas honras de vn Arrendador tomó san Antonio por fundamento del sermón: *Vbi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum*. Adonde está tu tesoro, allí está tu corazón. Y después de aver dicho maravillosos conceptos sobre estas palabras, bolvióse hazia la sepultura del rico, y dixo: *Ay está tu cuerpo, pero en el arca del dinero está tu corazón*. Los parientes abriendo después el cofre del dinero hallaron el coracón deste rico Avariento en él» (*ibid.*, f. 300 r.)

Los que se hallaron presentes, herederos, parientes y amigos del muerto, cuando volvieron a casa y abrieron los *cofres* o *escritorios* para inventariar los bienes, abriendo un *talegón de dineros* hallaron dentro el corazón de este desdichado avariento [...], de lo cual quedaron admirados. (*Ibid.*, II, 5, f. 134 r.)

Quedan así confirmados en el desenlace tanto el infeliz paradero del finado, implícito ya en el exordio del caso narrado y la glosa que al versículo de san Mateo le añadió Mateo Alemán, como el irrevocable e infernal destino que a cuantos «avarientos» le imitaren les predijera ya en la conclusión a su digresión moral:

¡Oh avarientos, aconteceráos lo que al carnero en el rastro, que uno lleva el asadura, otro el pellejo y otro la canal. Así seréis repartidos el día postrero, pues los herederos llevarán la hacienda, los clérigos el cuerpo y los demonios el alma!⁶¹

De esa comparación concreta, arraigada en la vida cotidiana de los españoles del Quinientos, y de los signos materiales que delatan el excesivo enriquecimiento del «arrendador» se infiere la solidaridad textual de ambas citas así como, sobre todo, cuánto desbordan su materia y estilo a los de las fuentes utilizadas. Bien es verdad que el escritor hispalense, siempre intelectualmente honrado ante ellas, no deja de reconocer que el mutismo de éstas no permite calificar moralmente la vida profesional del difunto:

Considérese aquí que no se trata en este milagro de si este arrendador era robador, como dicen que lo son otros, ni si usaba mal o bien su oficio, sino de sola su avaricia.⁶²

Hecha esta salvedad, prosigue no obstante comentando sus fuentes hasta desentrañar (más allá de su inocua concisión) aquel recto y hondo alcance que, en su opinión, Antonio de Bullones le confiriera a su sermón allá por los años de 1227-1230 en tanto que Ministro provincial de Romaña⁶³:

Empero, para decir verdad, todo lo debía de tener, pues tocó en avaricia, y como de pecado principal y cabeza de todos los otros trata el santo aquí dél solamente. (*Ibid.*, II, 5, f. 133 v.)

Respaldao en esa convicción interpretativa, Alemán ya podía dejar que su pluma expusiera prolijamente cuanto a él le pareciera corresponder, a principios del siglo XVII, a su visión crítica de ese «pecado principal»: la *avaricia*. De ahí la larga y lógica digresión que encabeza la narración del «milagro». Conexo a ella merece aún breve comentario algún que otro pormenor por la significativa impronta alemaniana que de él

⁶¹ *Ibid.*, II, 5, f. 132 v. Cabe notar, al paso, que Alemán aprovecha la ocasión para reafirmar su postura en cuanto a la salvación del hombre en relación con su función terrestre y categoría social: «En todos oficios, en todos estados pueden salvarse y condenarse; cada uno mire cómo trata» (*ibid.*, f. 133 v.). Cf. también: «La condenación y salvación está en las palmas de nuestras manos, libre albedrío tenemos...» (*ibid.*, II, 31, f. 252 v.). El espíritu de dichas sentencias ya se documentaba en la *Primera parte de la vida de Guzmán de Alfarache...*, ed. cit., I, II, cap. 3, pp. 267-268.

⁶² S. A., II, 5, f. 133 v.

⁶³ Antonio de Bullones ejerció ese cargo de administrador de los Minoritas entre el Capítulo general de Asís (30 de mayo de 1227) y el siguiente del 25 de mayo de 1230 que le relevó de él. (Véase F. F. Lopes, *op. cit.*, cap. 17, pp. 201-203, n. 80.)

trasciende. Recordemos que ambos cronistas franciscanos evocaban el arca «do dinheiro e thesouro», o aun «el cofre del dinero» de un «rico avariento»⁶⁴. El creador de *Guzmán de Alfarache* diversifica los términos, ya en singular, ya en plural, ya con un aumentativo: «El cofre de los dineros»; «los cofres o escritorios»; «un talegón de dineros» (S. A., f. 134 r.), tales son sus palabras, ecos de vocablos estampados ya en una frase de su moralidad, para ponderar que el *avariento* es enemigo tanto de los hombres como de sí mismo:

... de los hombres, pues no comunicándolo [el dinero] con ellos todos lo aborrecen; y él se aborrece a sí, porque con avaricia negó a su cuerpo lo que le fue necesario para bien vivir, por *atesorar* y *henchir* los *talegos* en los *cofres de acero*, para cuya guarda también lo es la llave del corazón con que allí los encierra, pues quien es malo para sí, ¿cómo podrá ser en su vida bueno para otro? Acontecerá lo que al cebón, que nunca dio buen día hasta el de su muerte, que alegra con ella su casa y las de sus vecinos.⁶⁵

Esa falta de altruismo procede, pues, de la insaciable «codicia» que se apodera del corazón y la mente del avaricioso, proporcional al acrecentamiento del dinero, como si éste de suyo la fomentara:

Tiene consigo para los que lo buscan una cierta naturaleza sobrenatural que despreciando todo lo que no lo es, dejando el camino carretero y llano, hace trepar por las maromas, andar por los aires y *menospreciar lo más importante del alma*. (S. A., II, 5, f. 129 r.-v.)

Unas cuantas imágenes comparativas que encabezan la larga digresión van sacadas del mundo marítimo (*mareas, navegar, caminar a la sirga, con fuerza de brazos*) y del mundo rural («las granadas o cerezas»), con vistas a evocar los diversificados efectos que generan sobre «las honras» y «los pensamientos» de los hombres la mayor o menor posesión de riquezas. Todas convergen hacia las ideas de *hinchazón* y *sed*⁶⁶, lo que explica que Alemán haya acudido (para rematar su largo primer párrafo) a la metáfora clásica de la *hidropesía*, simbólica del «deseo desordenado de riquezas»:

Es [el avariento] como el hidrópico, siempre tiene *sed* que nunca satisface; y como si el ánimo fuese capaz de llenarse con riquezas, así el avariento las busca, pensando *henchir* aquel vacío, que *sólo se hizo para Dios*.⁶⁷

⁶⁴ Véase Luis de Rebolledo, *ibid.*, f. 300 r. y *supra*, p. 31-32.

⁶⁵ S. A., II, 5, f. 131 r.-v. ¿Cómo no traer al tablado al «mercader» milanés puesto en escena en la *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana*, apenas diez meses después de que haya salido a luz el *San Antonio de Padua*? ¿A ese «bellaco logrero» aficionado a “mohatras”, con sus «dos cofres de hierro» repletos de «quince mil» ducados? ¿Cómo no recordar en su «escritorio» ese «hermoso gato pardo rodado [...]. No con ojos encendidos, no rasgadoras uñas, ni dientes agudos, antes embutido con tres mil escudos de oro en rubios doblones [...], para dar «a logro»? El «famoso hurto» que Guzmán trama contra él y que Alemán narra con suma e irónica maestría ilustra su postura crítica en contra de los logrereros y avarientos. Véase Libro II, cap. 5, pp. 238-239. Para cuanto atañe a la sutileza del hurto, ver cap. VI, pp. 244-256.

⁶⁶ S. A., II, 5, f. 129 v.

⁶⁷ *Ibid.*, II, 5, f. 131 v. Esa misma metáfora puede documentarse en el capítulo XV que trata de las tribulaciones del padre de Antonio de Bullones «apretado de un falso testimonio» y «acusado de un crimen ante la justicia». En el preámbulo a la narración de ambos «milagros», Alemán enjuicia la actitud de los

El avaricioso, por consiguiente, está enemistado con Dios: «Enemigo de Dios» se le califica en el *San Antonio de Padua*, como lo hará Guzmán para el mercader milanés, o más bien miserable y «bellaco logrero» ya evocado⁶⁸. «Como de los oleados pocos escapan, así de los avarientos ninguno se salva», sentencia Alemán, aduciendo como prueba irrefutable de la grave enfermedad que padecen el ejemplo emblemático de Judas Iscariote quien, impulsado por la avaricia, entregó a Cristo:

Es tan mala enfermedad la triste avaricia, que habiendo sanado Dios a sus discípulos de incredulidades, perjuros, vanaglorias, ambiciones y otras enfermedades en el espíritu, se le quedó Judas muerto entre las manos, porque la rabia de la avaricia le había ya penetrado el corazón; como perro moría de sed por dineros, y después cuando los tuvo huyó dellos, huyó del agua de la vida y rabiando se ahorcó. (S. A., II, 5, f. 132 r.)

No es que el dinero sea de por sí dañino (precisa él), sino porque el aforismo de los Antiguos —«Tanto vales cuanto tienes»— fue interpretado al revés por los modernos castellanos de la segunda mitad del siglo XVI. Aquéllos en efecto no pudieron aludir más que a la *virtud*: y de esa «buena declaración» depende «todo [el] bien» de éstos, pues así vivirían convencidos de que, si con las riquezas no se pueden comprar *honra*, *nobleza* ni *virtud* «por no ser cosas venables ni estimadas por precio de riquezas», en cambio el Cielo sí, siendo virtuosos⁶⁹. De esa ambivalencia, debida no a la naturaleza del dinero, sino a su modo peculiar de utilización⁷⁰, resulta para los hombres o «mucho

hombres con respecto a los «bienes temporales» y los efectos de éstos sobre ellos: «Tan falido está su trato [de los hombres] y tan acostumbrados en buscar sus intereses, que aun donde se siguen muy pequeños pierden el respecto a la verdad, temor a la justicia, el decoro a sí mismos y a Dios la reverencia. Faltan en las obligaciones, niegan los conocimientos, rompen las amistades y corrompen las buenas costumbres. ¡Oh bienes temporales, que sois a los que os tienen una hidropesía con que los *aventáis* y ponéis *hinchados*, dándoles una *sed* perpetua de beber y más beber, y nunca se hartan! ¡Y cómo ni permanecéis con el sufrido, ni agradáis al congojoso, ni *dais poder al reino*, ni a las *dignidades honra*, ni con la fama gloria, ni placer en los deleites! Y siendo tan poco vuestro poder, ¡cómo arrestamos el nuestro por alcanzaros! ¡Y cómo si os alcanzamos no sabemos usar de vosotros! Antes por el mismo caso que sois de algunos más poseídos, mayores cautelas hace, más fuertes lazos arma contra su prójimo, por llevaros adelante con mayor crecimiento: desprecia su carne, su naturaleza y a Dios Nuestro Señor, por preciarse de vosotros» (S. A., II, 15, f. 167 v.-168 r.).

⁶⁸ Cf. G. A., P. II, l. II, cap. 6, p. 253.

⁶⁹ Observemos de paso que dentro de un contexto estilístico crematístico Alemán recurre adrede al término *comprar* (algo incongruente para el cielo) para introducir un breve inciso sobre un tema esencial de sus preocupaciones sociales, el de la *venta de oficios* (también rozado en la nota 67): «... que también el Cielo se compra y vende, aunque por diferente camino del con que acá se compran las honras y dignidades...» (*ibid.*, f. 130 v.).

⁷⁰ Esa idea y otras anejas constan en la obra magna del escritor sevillano. Valgámonos tan sólo de unas reflexiones de Guzmán dedicadas a la riqueza, recién desembarcado en Barcelona y riquísimo:

Siendo como es un tan po[n]zoñoso veneno, que no sólo, como el basilisco, siendo mirado, mata los cuerpos, empero con sólo el deseo, siendo cudiciada, inferna las almas; es juntamente con esto *atriaca* de sus mismos daños; en ella está su *contraveneno*, si como de condito eficaz quisieren aprovecharse della. La riqueza de suyo y en sí no tiene honra, ciencia, poder, valor ni otro bien, pena ni gloria, más de aquella para que cada uno la encamina. Es como el camaleón, que toma la color de aquella cosa sobre que se asienta.

bien» o «mucho mal»: «que como es bueno para el virtuoso, *por lo bien que lo dispensa*, es el otro extremo de daño para el codicioso, porque con él corrompe todas las costumbres, sin reparar en lo ilícito ni lícito» (*ibid.*, f. 131 r.). Tales son, brevemente expuestas y muy similares a las del *Guzmán de Alfarache*, las ideas desarrolladas por Mateo Alemán en torno al dinero entre los folios 129 v.-131 r., antes de que vuelva a encararse con el avariento para censurarle su conducta social.

Cuál sea el motivo de su reprobación, lo aclara el que recurra a la figura profana del «mercader alzado», cuya actitud delictiva⁷¹ viene espiritualmente equiparada con la de los «viñadores infieles»:

... como mercader alzado, no le acudió [a Dios] con la renta de la viña, matóle los criados y al heredero, no distribuyó los bienes que le dio para repartir a sus verdaderos dueños, los pobres sus hermanos. (S. A., II, 5, f. 131 r.)

Para los lectores coetáneos, conocedores de algunas de las prácticas comerciales más criticables que se expandieron por su país a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI e inmersos dentro de la cultura cristiana, dichas imágenes y referencias socioculturales resultarían de inmediata comprensión. Maticemos, sin embargo, que por contaminación semántica el creador del *San Antonio de Padua* viene a conferir a la letra de la parábola un espíritu y alcance más amplios cuando equipara a los criados y al heredero del «padre de familias» con los *pobres* (insoslayable objeto de nuestro estudio) designados como «verdaderos dueños» de la renta o, si se quiere, de la hacienda usurpada por el avaricioso. Con lo cual asoman de nuevo ideas complementarias de aquellas que quedaron desarrolladas en el capítulo III del Libro segundo⁷² cuando, haciéndose el portavoz de éste, en su doble representación social, la de «miserio» por una parte, y la de «usurero y ladrón» por otra, entablara con ellos un diálogo vivo y crítico no sólo para recriminarles que guarden o acumulen dinero, sino también la falsedad de sus inaceptables justificaciones. Ajenas de todo punto a la razón divina y de naturaleza por cuanto (según le replicó Alemán al miserio con tono polémico) ante todo «manda Dios que no atesores en la tierra, donde ya ladrones y las polillas te quitarán lo que tienes en tan estrecha guarda, sino en el *pobre necesitado*»⁷³. Añadiendo, para que su propósito

[...] Ni se condena el rico ni se salva el pobre, por ser el uno pobre y el otro rico, sino por el uso dello (G. A., P. II, l. III, cap. 1, pp. 334-335).

⁷¹ *Alzarse o alzarse con el banco*: «Entre hombres de negocios, banqueros y mercaderes, es lo mismo que quebrar, retirándose a la Iglesia u otro paraje seguro llevándose las haciendas ajenas» (*Aut.*). «Los que así se alzan declaramos ser públicos ladrones y verdaderos robadores» (*Recop.*, part. 2, lib. 5, tit. 19, 1, 2).

⁷² En él, con motivo de la narración de dos portentos dedicados a la confesión, confirma Alemán la doctrina esencial de la salvación («intención y obras han de juntarse a una», f. 115 r.) ejemplificada en páginas anteriores. Según el mismo esquema estructural que el de los capítulos V y XXVIII del mismo Libro (discurso moral seguido de narración) aprovecha la ocasión para satirizar con magnífico estilo dialogado, idéntico al del *Guzmán de Alfarache*, las hipócritas razones y actitudes del aficionado a la casa de conversación, del amancebado, del murmurador, del blasfemo y, por fin, del *avariento, usurero y ladrón* (f. 116 r.-120 v.). Nótese la amplitud de la digresión moral y social que abarca los folios 115 r.-122 v. con respecto a la narración hagiográfica (f. 123 r.-124 v.).

⁷³ Véase S. A., II, 3, f. 118 r. Con esta expresión «pobre necesitado» y la exigencia de «sagacidad y discreción» que al ciudadano se le encarga en el reparto de las limosnas, el escritor introduce otra problemática: la que atañe a la mendicidad, por una parte, y a la beneficencia por otra. Temas ambos

resultara más claro y eficaz, y no le ocurriera la misma malaventura que al avariento del capítulo V, algunos consejos socioespirituales muy provechosos:

Destribuye aquesos bienes con sagacidad y discreción para que goces dos glorias: una en esta vida en dar, y otra en la eterna, porque prudentemente repartiste los bienes de que te hizo Dios mayordomo suyo. (S. A., II, 3, f. 118 v.)

No extrañará que ninguno de los ávaros puestos en escena por Alemán en su obra hagiográfica y picaresca, personajes que serían paradigmáticos de los de su tiempo, rija su conducta social acatando tales pautas éticas. Mucho distan en efecto de considerar verdaderamente su hacienda como apenas arrendada por Dios (según concepción ideológica propia de la Edad Media y del Renacimiento) y, por ende, de anteponer ese *tesoro espiritual*, por más acreedor que sea de felicidad terrestre y gloria celeste, al *tesoro en tabla* por el que se afanan en la sociedad económica de su tiempo. Y ello por varios motivos; entre los cuales unos de índole privada, otros curiosamente socioespirituales. De aquéllos, bajo la forma de un cuentecillo popular inserto en el capítulo V del *San Antonio de Padua*, da testimonio el testamento de un avariento lúcido aunque arrepentido a deshoras, quien, de tan consciente como era de que sus familiares más propincuos habían sido cómplices activos de su ceguera y condenación, hizo unas mandas de suma rareza, que *ipso facto* se cumplieron:

Cuéntase de un avariento que a la hora de su muerte quiso testar, y dijo: «Mando a los demonios mi alma, pues me la ganaron con su solicitud, y no me quise aprovechar del entendimiento que Dios me dio si no fue para ofenderle. También les mando el alma de mi mujer, que se alegraba con mi torpe ganancia y me solicitaba en ella para poderse mejor vestir y componer su persona y casa. Mándoles también las de mis hijos, que siempre me ayudaron y molestaron para que sin respeto cristiano robase con mal trato y llegase la mucha hacienda que tuve. También les mando el ánimo de mi confesor, porque me absolvió de todo por interés y amistad que se le seguía, recibiendo dádivas, con que su lengua fue muda en reprehender mi vicio». ⁷⁴

En cuanto a las razones que hemos llamado socioespirituales, conciernen a otro tipo de codiciosos, a los más previsores y peritos en la economía de la salvación tal como podía concretarse en la España católica de Felipe II. A aquellos que sabían utilizar en provecho espiritual suyo cuantos sutiles instrumentos o artificios religiosos la Iglesia supo fomentar para facilitar que los ricos, en vez de caer en el infierno para siempre, pudieran granjear si no un tránsito inmediato para el Cielo, a lo menos una permanencia transitoria en el Purgatorio⁷⁵. Queremos hablar, por ejemplo, de ciertas disposiciones que el «usurero y ladrón» del capítulo III establecen en sus testamentos

enfocados en nuestro estudio: «Tradición y modernidad en la obra de Mateo Alemán», en *Studia Aurea*. Actas del III Congreso de la AISO (Toulouse, 1993), [Pamplona-Toulouse, GRISO-LEMSO] III, «Prosa», pp. 247-258.

⁷⁴ S. A., II, 5, f. 133 r. Recuérdese el testamento del asno traído a colación en el *Guzmán de Alfarache* con motivo de la preparación del «famoso hurto» urdido contra el mercader milanés. Entre las varias mandas consta la siguiente: «Mi corazón se dé a los avarientos» (P. II, l. II, cap. V, p. 242).

⁷⁵ Para una visión más amplia de la figura del usurero, véase Jacques Le Goff, *La bourse et la vie. Économie et religion au Moyen Âge*, Paris, Hachette Littératures, 1986.

para eludir en vida cualquier restitución de la hacienda que a sus víctimas robaron. He ahí sus argumentos: «... si retenemos contra la voluntad y gusto de sus dueños la hacienda, después haremos della *lo que Dios fuere servido* [...]. Cuando sea tiempo de restituir, lo haremos: que ya yo en mi testamento tengo hecha declaración de cierta memoria que dejo de lo que debo, para que se dé a cuyo es después de mis días» (f. 119 r.). Ésas son argucias o, mejor dicho en estilo alemaniano, «veredas por donde poder escabullirse», respaldadas (según parece) en unas *leyes civiles* muy dignas de que se pongan en tela de juicio, en opinión de Mateo Alemán. Ahora bien, reanudando con todos los avarientos del capítulo V que vinieron a simbolizarse con el del portentoso narrado, cabe destacar ya ciertas *prácticas cristianas* a las que podían recurrir los ciudadanos en sus vivencias privadas y sociales para conseguir su salvación. En pocas palabras, la creación de capillas y capellanías así como la dotación de hospitales, que Alemán enjuicia de modo muy crítico:

Y no piense [le advierte al avariento] que se ha de salvar con decir que después de sus días dejará muchas capellanías y una famosa capilla, que dotará un hospital y se harán otras buenas obras: que no es buena cuenta quitar al prójimo la capa y hacer della capilla, ni labrar costosos edificios para el cuerpo hediondo y lleno de tantos gusanos, habiendo menospreciado la fábrica del edificio eterno para el alma eterna. (S. A., II, 5, f. 132 r.-v.)

Por su importancia y alcance, la problemática social rozada en estas breves líneas, tanto más sugestivas cuanto que vienen realizadas estilísticamente por juegos de palabras y el poliptoton, nada tiene que ver con el legado de la tradición hagiográfica antoniana. Baste recordar que muy pocos años después de iniciarse el reinado de Felipe IV y de que saliera a luz la cuarta edición del *San Antonio de Padua*⁷⁶ las consecuencias socioeconómicas provocadas por el incremento de dicho proceso en el cuerpo de la República le parecieron lo bastante graves a Fernández de Navarrete como para que le dedicara parte de sus reflexiones en el «Discurso XLV» de su *Conservación de Monarquías y Discursos políticos*⁷⁷. Así es como después de aludir a la «ojeriza» que el estado secular le tiene al eclesiástico, y a las quejas que se le dirigen porque, además de diezmos y primicias, «se engrandece con grandes posesiones, con granjas, con vasallos y con otras haciendas raíces», fuera de «las mejores posesiones y los mejores juros» que poseen iglesias clericales y regulares, el arbitrista lo pondera con dichos términos:

Dicen asimismo, que teniendo abierta la puerta para recibir dádivas, está cerrada al dar y enajenar cosa alguna de las que reciben: y que con lo que la muerte de tantos fieles les acarrea cada día para fundaciones de aniversarios y capellanías (cuyas dotaciones jamás vuelven al estado secular) es forzoso que éste quede atenuado y enervado de hacienda, y que sólo sea

⁷⁶ Véase *Libro de San Antonio de Padua*, de Mateo Alemán. Dirigido a Don Antonio de Bohorques, Cauallero del hábito de Sãtiago, Gentilhõbre de la casa de su Magestad, y su Corregidor en Guadix, Baça y Almería, etc. Va muy lleno de doctos y curiosos discursos predicables para diferentes propósitos, y de nuevo dos tablas, vna de los capítulos, y otra de materias comunes: y vn elenco para los Evangelios de entre año. Con licencia. Impresso en Tortosa, en la Imprenta de Gerónimo Gil. Año M.D.C.XXII. A costa de Pablo Mateo, mercader de libros. In 8°, 8 fols. s. n., 596 pp. + 14 fols. s. n. (B.N.M., R. 34901; Lisboa, Biblioteca da Ajuda, 24.V.34).

⁷⁷ Edición y estudio preliminar por Michael D. Gordon, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales. Ministerio de Hacienda, 1982 (Clásicos del Pensamiento Económico Español).

colono e inquilino del eclesiástico. [...] no pareciera mal que algunas de las iglesias catedrales, y algunos conventos que se hallan con suficientes dotaciones de capellanías y aniversarios, en cuyo cumplimiento se ofrecen cada día mil dificultades, por ser muchas en número, y encontrarse unas con otras, desecharan algunas.⁷⁸

Implícita en la última cita alemaniana, esa finalidad político-económica propia del tratado de Fernández de Navarrete y aneja a la sátira de las excesivas fundaciones de capillas y capellanías⁷⁹ o aun (en el caso de Alemán) a las dotaciones de hospitales queda postergada en el capítulo V del Libro segundo del *San Antonio de Padua* en provecho de un *excursus* de tipo más bien espiritual y religioso. Literariamente muy logrado, se plasma esencialmente en tres apóstrofes de tono recriminatorio a imitación de los de Cristo a los escribas y fariseos, con quienes quedan equiparados los «avarientos»:

¡Locos desatinados, que saben claramente que han de salir desterrados desta tierra, y no se acuerdan de pasar su hacienda donde la hallen después y se valgan della! ¡Ciegos, que no ven que se parten pobres y la dejan acá en poder de sus enemigos! ¡Bárbaros ignorantes, que todo lo hacen al revés: primero los pobres, y después el hospital! ¡En vida roban y dejan pobres a los hombres, y después en muerte hacen hospitales donde se recojan! (f. 132 v.)

Fácil resulta observar que el escritor sevillano no sólo procura imitar el estilo del evangelista san Mateo (XXIII, 13-25), sino que se ciñe asimismo a algunas ideas esenciales suyas. La insensatez, la ceguera, la hipocresía de los fariseos las comparten *mutatis mutandis* los hombres, los ciudadanos ávidos de riquezas de la España finisecular de Felipe II. *Insensatez* consciente (valga la paradoja) de quienes, si bien conocen que son mortales, proceden disparatadamente negándose a valerse *rectamente* de su hacienda en la tierra de modo que en el más allá cobren juros espirituales con que granjear el cielo. *Ceguera* de quienes acumulan excesiva hacienda sin percatarse de que la malgastarían sus herederos, quedando ellos pobres de buenas y verdaderas obras; es decir, de aquellas que son realmente fructíferas⁸⁰. *Hipocresía*, por ende, de quienes,

⁷⁸ *Conservación de Monarquías...*, «Discurso XLV. De las riquezas del estado eclesiástico», pp. 355-356.

⁷⁹ Véase a este respecto el muy sugestivo y documentado estudio del profesor Ricardo Sáez: *Recherches sur le clergé castillan et les mentalités religieuses en Espagne à l'époque moderne (1550-1621). Le cas de l'archevêché de Tolède*, Paris, Sorbonne, 1997, tome II, pp. 654-667 (quiero dejar constancia aquí de mi agradecimiento hacia mi colega y amigo, quien, con diligencia y generosidad, me facilitó leer este texto de su tesis doctoral aún sin publicar). Acerca de la finalidad manifiestamente económica que rige la creación de capellanías, léase los juicios de Alemán, en S. A., II, 10, 153 r.-v., y G. A., P. II, l. III, cap. IV, p. 407 (ver Henri Guerreiro, «Mateo Alemán et le *San Antonio de Padua*: respect "historique" de la tradition et réélaboration critique», en *La constitution du texte: le tout et ses parties. Renaissance. Âge classique*, pp. 355-357).

⁸⁰ Después de enaltecer el que los hombres sientan compasión por el prójimo, «acto de caridad que cubre los pecados», Alemán denuncia irónicamente en el *Guzmán de Alfarache* la irracionalidad de su comportamiento político:

¡Qué locos, qué perdidos, qué deseosos y desvanecidos andamos todos por dar! El avariento, el guardoso, el rico, el logrero, el pobre, todos guardan para dar; sino que los más entienden menos [...], que lo dan después de muertos.

enriquecidos inicuaamente a costa de unos conciudadanos acaso caídos en la miseria por culpa de ellos, pretenden rescatar sus robos y agravios dotando *post mortem* unos hospitales en que puedan ser remediadas sus víctimas⁸¹. Ahora bien, en este último punto, más allá de la mala fe, lo que con vehemente indignación desenmascara y condena Alemán es todo un proceso social irracional revelador, entre sus coetáneos (los ricachos poderosos), de *ignorancia* espiritual para cuanto atañe a la salvación, y *barbaridad* o *falta de policía* en sus actos y relaciones sociales. De ahí, en tono conminatorio, que les incite a actuar racionalmente en ambos sectores: «primero los pobres, y después el hospital! [...] ¡Bueno es dejar buenas obras, pero mejor es hacerlas y llevar la luz delante!» (f. 132 v.). No es que se deba desechar radicalmente esas manifestaciones de misericordia *post mortem*; en modo alguno. Igual que en el texto bíblico Cristo vituperara el culto meramente externo de los escribas y fariseos, por representar un desacato a «lo más grave de la Ley», y juzgaba que «Bien sería hacer aquello, pero sin omitir eso», o sea «la justicia, la misericordia y la lealtad»⁸², el autor del *San Antonio de Padua* tiene por bueno «dejar buenas obras» con tal que se anticipen y prevalezcan las que [se hacen]⁸³. Es decir, aquellas que en vida hagan

Si preguntases a éstos que llegan el dinero y lo entierran en vida para qué lo guardan, responderían los unos que para sus herederos, otros que para sus almas, otros que para tener qué dejar, y todos desengañados de que consigo no lo han de llevar. Pues vees cómo lo quieren dar, sino que es fuera de tiempo, como un aborto que no tiene perfección (P. I, l. III, cap. 4, p. 406).

Como se ve, el parentesco entre estas reflexiones y las del *San Antonio de Padua* es obvio.

⁸¹ Esa idea la explicita claramente Alemán cuando reconviene al «usurero y ladrón» que se niegan a *restituir* la hacienda robada: «¿De manera que dispones para entonces de lo que ni fue, ni es, ni será tuyo? No lo fue porque lo hurtaste a cuyo era; no lo es, porque lo tienes con mala conciencia; y no lo será, porque no podrás llevarlo contigo ni valerte dello. Y ¿qué sabes tú, y quizás lo sabes, que aquel cuya hacienda tú tienes y con que vives, muere de hambre, y no se la remedias? ¿Ni consideras que llegará día en que lo veas en el seno de Abrahán, y tú (ardiendo eternamente y penando en los infiernos) le pedirás que te deje mojar en su saliva un dedo tuyo, y no tendrás aun ese pequeño consuelo?» (S. A., II, 3, f. 119 r.-v.). Para la fuente bíblica, cf. san Lucas XVI, 23-25. En cuanto al concepto de «restitución», su alcance es tan importante que Tomás de Mercado le dedicó 18 capítulos en su libro *Suma de tratos y contratos*, definiendo su esencia y el delito que representa no cumplir con ese deber moral, «[que] propiamente es volver a uno lo que de suyo contra justicia le habían tomado o le detenían». A continuación recalca que Dios «nunca admite a su gracia y amistad a quien retiene la hacienda ajena, que es injusticia, ni en aquella Jerusalén celestial, do todo es igual y justo [...], puede entrar tan gran injusticia y agravio como es retener lo mal habido» (ed. de Nicolás Sánchez-Albornoz, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, Ministerio de Hacienda, 1977, [Clásicos del Pensamiento Económico Español], t. II, l. VI, cap. I, pp. 595-596).

⁸² Véase Mateo XXIII, 23. Cabe notar que en el versículo 24 el evangelista alude a la codicia: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que limpiáis por defuera la copa y el plato, que por dentro están llenos de rapiñas y codicias!».

⁸³ Subrayemos que esta problemática, esta postura ideológica, que atañe tanto a lo espiritual como a lo social, representan un núcleo de ideas tan esenciales en el *San Antonio de Padua* que vuelven a surgir bajo la pluma de Mateo Alemán en su conclusión: «Los bienes todos de acá son un borron de los de allá, y nos los concede Dios Nuestro Señor para que por ellos vengamos en conocimiento de los de su bienaventuranza. El que gusta de riquezas considere qué tales las hay allá, pues acá le dan aquestas, y si aquí le parecen bien y se huelga con ellas, *haga como cuerdo*, pues inviolablemente ha de morir: póngalas en parte que después las halle. Que si a uno le desterrasen de un lugar perpetuamente, *sería muy necio*, si pudiendo llevar consigo toda su hacienda y ponerla en la parte donde ha de vivir la dejase desamparada. —¿Oísme avarientos, amigos del dinero, por quien vendéis a Dios y os condenáis a vos? ¿Paréceos bien aquea plata y oro? ¡Llevalda por delante a la patria verdadera, que *seréis necios* si acá la dejáis, porque os hará falta para el camino y os

concretamente los ciudadanos ricos en provecho inmediato de los pobres, pero sobre todo viviendo y actuando en la sociedad con una conducta moral fundada en la justicia. Las que *se dejan*, de poco o menor valor espiritual, apenas procuran o contribuyen a paliar un daño *a posteriori*; las demás atañen ante todo a la *ética*. En resolución, de la confrontación crítica de todo ello traslucen varias propuestas o exigencias: de mayor *lucidez* frente a la peligrosidad potencial que conlleva la riqueza⁸⁴; de una *regeneración* de ciertas vivencias espirituales erradas; de una reformación sociomoral de todas las costumbres. Propositiones éstas que, de meditarse y cumplirse, seguramente que a nuestro «arrendador», émulo del rico epulón y de Judas, no le habría cabido tan mala suerte⁸⁵; y, por ventura, el mundo social de la España de principios del siglo XVII viniera a semejarse con el mundo alegórico representado por Mateo Alemán en el capítulo XX del Libro segundo de su obra hagiográfica, capítulo intitulado: «Predicando san Antonio a los peces del mar, dejó confusos a los herejes y convirtió muchos dellos»⁸⁶.

El portento del sermón a los peces

Este admirable portento llamado de los «peces» superó sin duda a cuantos protagonizó el taumaturgo paduano (según Alemán), ya que en su manifestación no sólo los hombres sino también todos los elementos y criaturas del universo quedaron sujetos a la omnipotencia de Dios para que mejor saliera enaltecida su palabra⁸⁷. Así y todo, fuera de la alusión a un muy docto heresiarca llamado Bonillo o Bonovillo (natural de Rimini), cuyos errores refutó Antonio de Bullones con tanta maestría en una controversia pública, que salió rendido y convertido a la ley evangélica, las *Leyendas primitivas* del siglo XIII, entre ellas la de mayor predicamento, la *Vita Prima* o *Legenda Assidua*, nada escriben sobre tal caso maravilloso⁸⁸. El cual sólo puede documentarse por primera vez en los *Fioretti* dedicados al Poverello. Sea lo que fuere, el autor del *San Antonio de Padua* no recurrió al capítulo XL de dicha compilación de la primera mitad

quedaréis fuera de posada! [...] ¡Llevaos de acá los arbolitos, haced planteles de buenas obras y trasponedlos en el Cielo!» (III, 14, f. 414 r.-v.).

⁸⁴ Buena ilustración de ello consta en *Guzmán de Alfarache*: «Y aunque la riqueza, por ser vecina de la soberbia, es ocasión a los vicios, desflaqueciendo las virtudes, a su dueño peligrosa, señor tirano y esclavo traidor, es de la condición del azúcar, que, siendo sabrosa, con las cosas calientes calienta y refresca con las frías. Es al rico instrumento para comprar la bienaventuranza por medios de la caridad. Y aquel será caritativo y verdaderamente rico, que haciendo rico al pobre se hiciere pobre a sí, porque con ello queda hecho discípulo de Cristo» (P. I, l. III, cap. 4, pp. 402-403). El mismo Cristo precisamente (puntualiza Alemán en S. A., II, 5, f. 133 v.) quiso «[dar] a entender el peligro en que ponen los tesoros pues huyó cuando quisieron hacerle rey» (Mateo, V, 8-10).

⁸⁵ Cf. san Lucas XVI, 19-31 y *supra* (n. 81), S. A., II, 3, f. 119 v. Véase asimismo la cita de la p. 35 (S. A., II, 5, f. 132 r.).

⁸⁶ S. A., II, 20, f. 183 v.-191 v.

⁸⁷ Dicha idea consta en el folio 184 v.

⁸⁸ Léase al respecto Fernando Félix Lopes, *S. António de Lisboa Doutor Evangélico*, cap. 13 «E aí começa o Pregador Taumaturgo», pp. 147-155 de la 4ª edición refundida en parte, Braga, Editorial Franciscana, 1983. En cuanto a la *Legenda Assidua*, escrita en 1232 o años inmediatos a la muerte del «santo», véase la edición crítica de Léon de Kerval, *Sancti Antonii de Padua Vitae duae quarum altera huc usque inedita*, en *Collection d'Études et de Documents sur l'histoire religieuse et littéraire du Moyen Âge*, Tome V, Paris, 1904, pp. 1-157.

del siglo XIV⁸⁹, sino a las *Crónicas* franciscanas del Quinientos siempre privilegiadas por él; en especial la del obispo de Porto, *Primeira parte das Crónicas da Ordem dos frades Menores...*, cuyo capítulo XVIII servirá de base esencial a nuestro estudio de la reescritura⁹⁰.

Sin la menor duda, por la fama que en la tradición antoniana vino a tener dicho acontecimiento portentoso, la relación del mismo por Marcos de Lisboa resulta bastante extensa. Ésta puede dividirse o estructurarse poco más o menos en cuatro partes: 1. un *prólogo* expositivo, esbozo de un breve marco histórico global, a partir del cual se exponen a modo de *introducción* el espacio y ciertas circunstancias peculiares del conflicto religioso al que se hallaba confrontado el predicador minorita en su apostolado, en la ciudad de Rimini: firme oposición de los «herejes» a dejarse evangelizar; a siquiera dignarse oír cualquier sermón. De ahí la inspiración de dirigirse a los peces, de «chamar os pexes da parte de Deos»: «Vinde ouuir a palaura de Deos, pexes do mar e do rio, pois a nam queren ouuir os homes hereges infies [sic]» (f. CLXXI v.); 2. *evocación de la inaudita «multidão de pexes grãdes e pequenos»* reunidos ante «Sancto António» y, sobre todo, descripción de la disposición espacial que entre todos ellos ocupa ese acuático auditorio con el fin de atender mejor a su prédica (f. CLXXI v.); 3. *relación del sermón* (f. CLXXII r.); y 4. *epílogo narrativo* sobre la actitud de los peces, su alegría y reverencia al oír esta plática; sobre la fama del portento que cundió por toda la ciudad de Rimini, atrayendo gran muchedumbre de «hereges» y fieles cristianos, ansiosos todos por beber la palabra evangélica del taumaturgo, ya convertidos aquéllos y fortalecidos éstos (f. CLXXII r.).

Frente a tan diversa materia, único objetivo nuestro será centrar el enfoque en lo más esencial y significativo de nuestra problemática, de por sí suficientemente rica. Nada, por lo tanto, nos parece digno de interés en la *conclusión* alemaniana, mero resumen en medio folio del texto lusitano⁹¹. En cuanto al *sermón* referido o escrito por Marcos de Lisboa, aunque no cabe duda de que Alemán se inspiró *grosso modo* en él para su argumento, y en Luis de Rebolledo para algún que otro pormenor⁹², resultan de

⁸⁹ Oriundos de los *Actus Beati Francisci et Sociorum eius* (obra escrita entre 1328 y 1343), los *Fioretti* pueden leerse en *S. Francisco de Assis. Escritos – Biografías – Documentos. Fontes franciscanas*. Edição comemorativa do 8º Centenário do seu Nascimento, preparada pelo secretariado do Centenário. Braga, Editorial Franciscana, 1982, pp. 1021-1122. Para el cap. XL: «Como S. António pregando aos peixes converteu à fé a muitos hereges», pp. 1103-1105, y F. F. Lopes, *ibid.*, pp. 149-155.

⁹⁰ El principio del capítulo XX del *San Antonio de Padua* corresponde a la introducción de este capítulo XVIII: «Nam samente o glorioso sancto António aos cathólicos pregãdo a palaura de vida informaua em os mãdamentos de Deos e sanctas obras e penitencia de suas culpas, mas cõ razões muy viuas e de grande efficácia, e ainda cõ obras sobrenaturaes confutou os peruersos erros dos hereges. Ouue naqella idade muitos hereges em França, com os quaes o sancto teue grãdes cõflictos, e fez nelles muito fructo. E despois em Itália, principalmente na comarca de Romandiola, onde auia muitos hereges, cõ suas continúas pregações e milagres conuerteo muitos à fé e obediência da Ygreja romana...» (*Como sancto António pregou aos pexes, porque os hereges nam queriam ouuir a palaura de Deos*, f. CLXXI v.).

⁹¹ Cf. *S. A.*, II, 20, f. 191 v.

⁹² Es el caso para el tema del sermón sólo precisado en la *Primera parte de la Crónica general de N. Seráfico P. S. Frãisco y su apostólica orden...*, cap. 44: «De cómo el santo predicó a los peces porque los hereges no le querían oír, y otra vez a diferentes naciones, y de todas fue entendido», f. 306 r. Este tema, recogido por Alemán, procede del versículo 79 del «Cántico de los tres mancebos»: Sidraj, Misaj y Abed

interés para entender la naturaleza de su peculiar transcripción las advertencias liminares que la encabezan:

No se pueden referir aquí las palabras formales de aquel divino sermón que a estos peces hizo. Mas ¿quién duda que demás de aquellos *conceptos* admirables y aquellos *discursos* de que los tan grandes pecadores y pequeños entendimientos, cual el mío, ignoramos, a lo menos (ya que faltamos a lo más) que *casi a su dulcísimo razonamiento irían los pasados imitando* en lo que dél refirieron, de la manera que aquí voy procurando acercarme con el mío, disgustado y seco? (S. A., II, 20, f. 188 v.)

El primer postulado que con toda lógica se da por sentado es la pérdida del sermón original del Paduano; imposible, por otra parte, competir con tan eximio talento en el púlpito, procurar siquiera imaginar aquellos *conceptos* y *discursos* cuya memoria guarda la fama. Para el creador del *San Antonio de Padua* queda como texto-base, por consiguiente, esa (prudentemente denominada) *casi imitación* de los cronistas franciscanos coetáneos, juzgada bastante fiel al «razonamiento» del preclaro predicador. Así fundada en *verosimilitud*, ya su versión del sermón a los «peces» podía salir a luz, introducida y rematada con suma prudencia: «páreceme que les diría: [...] Estas palabras me parece que irían atinando a las grandiosas que les dijo, cuales no podría referir el entendimiento nuestro ni exagerarlas con más que decir ser tuyas, recitadas con su santidad y sabiduría» (f. 188 v.-190 v.). Y esta versión, podemos adelantarlo ya, aunque ciñéndose a la «manera» adoptada por la crónica portuguesa, la supera por su estilo y, en parte, por su contenido, como veremos, de manera somera, a continuación.

En cuanto a lo literario, digamos que en un espacio textual de dos folios, y a imitación del cántico de los tres mancebos, Sidraj, Misaj y Abed Nego, después de un *exordio* dirigido por Antonio de Bullones a los peces, y concebido como exhortación a que éstos alaben y bendigan a Dios por las múltiples obligaciones que le tienen, el sermón se desarrolla y organiza en torno a ese tema, mediante once frases encabezadas anafóricamente por el mismo verbo *bendecir* en imperativo, seguido de la conjunción *porque* como introducción a diversas cláusulas explicativas («Benedicid a Dios, porque es Dios. Bendecidle, porque... etc. Bendecidle, pues...»). Los motivos de esta *alabanza a Dios* que pronto se vuelve *acción de gracias* requerida de los peces son de dos tipos. Hay razones naturales (su índole acuática, con aguas dulces o saladas y lugares conformes a su especie: arroyos, ríos, mar donde hallan sustento, alojamiento y abrigos donde guarecerse de los peligros). Las hay histórico-religiosas, que proceden del eminente papel que Cristo, durante su vida y resucitado ya, se dignó concederles, siendo ellos protagonistas de sus milagros y predilecto manjar suyo. Ninguna peculiaridad resalta de ese pasaje (f. 190 r.-v.), que se limita a recoger (casi fielmente) los episodios bíblicos aducidos ya por Marcos de Lisboa a partir de los *Fioretti*⁹³. En cambio, algo

Nego, tres judíos que, por negarse a adorar una estatua de oro erigida por Nabucodonosor, fueron echados a un horno de fuego, quedando ilesos (Daniel III, 1-80).

⁹³ Trátase de la «multiplicación de los peces», del «tributo del templo», de la «aparición a los once» (Mateo XIV, 13-21; XV, 29-39; XVII, 24-27; Lucas XXIV, 36-43); de Jonas I-II, sin olvidar el diluvio que a sólo ellos perdonó (Génesis VI-VII). Alemán añade Jueces XIV, 5-9 (Boda de Sansón con una filisteo) y Mateo XXVI, 17-21 («La última cena de Jesús»).

más interesantes resultan ciertas *razones naturales*, esencialmente los privilegios otorgados sólo a los peces para sus moradas y mantenimiento. En efecto, de su evocación trascienden unos rasgos de la visión alemaniana del mundo, cifrados en la *gula* de los humanos y el peligro a que se arriesgan social, moral y espiritualmente, para conseguir esos mismos bienes que a ellos no se les obsequiaron gratuitamente:

Benedicidle, porque si a los hombres les dio moradas en la tierra, labradas a tanta *costa de su hacienda y sudor, tan a peligro de sus honras, vidas y almas*; [...] también os dio a vosotros lugar conveniente y espacioso en las aguas, y os hizo libres y hidalgos de aquellos pechos o derechos, imposiciones y censos, y os proveyó de alojamientos [...]. Benedicidle, porque si a los hombres y animales de la tierra y a las aves del aire no bastan la tierra ni el aire para *sustentar su gula*, y la satisfacen buscando mantenimiento en el agua, vosotros dentro della tenéis lo necesario, sin estar obligados a buscarlo fuera, en extrañas partes y regiones, con los peligros y trabajos que lo buscan ellos en la vuestra. (S. A., II, 20, f. 189 v.)

Cuesta trabajo imaginar que en Rimini, durante aquellas controversias religiosas y en un sermón cuyo blanco era demostrar la falsedad de errores doctrinales considerados «heréticos», el predicador minorita profiriese tales *discursos*. En realidad, aunque Alemán pretende acercarse a la «imitación» de los cronistas franciscanos coetáneos, sólo a él se le ocurrieron. Y ello porque, liberado de las trabas de la *verosimilitud* parcialmente impuestas por la materia tradicional del sermón, él, de antemano, antes de referirlo, ya había sabido desentrañar del memorable espectáculo representado por todos los peces reunidos una enseñanza simbólica muy genuina, valedera para la sociedad española de su época.

Con este juicio (cuyo desarrollo aplazamos de momento) queda implícito que lo que constituye la mayor originalidad de la *reescritura* del capítulo XX del *San Antonio de Padua* no reside en su *preámbulo*. Valedero esencialmente éste como prueba irrefutable de la filiación textual establecida por cuanto adopta la misma cronología histórica confusa, —una cronología que gracias a investigaciones científicas del siglo xx se revelará errónea⁹⁴—, presenta sin embargo el interés, si lo comparamos con el «prólogo» de Marcos de Lisboa, de dejarnos percibir cómo procede Alemán para adaptar el fondo tradicional incluso en sus aspectos secundarios:

Era tanta la fuerza de las palabras en san Antonio, tan viva su predicación, que como por evidencias matemáticas hacía creer a los herejes los artículos de la fe, dejándolos a ella convertidos; lo cual era de grandísimo gusto a los católicos, y no pequeña gloria ver de tal manera disiparse la herejía que reinaba en aquel tiempo: en Francia especialmente, donde habiendo hecho el santo mucho fruto con su doctrina y milagros, trayendo al gremio de la Iglesia gran copia de perseguidores della, le pareció conveniente dar una vuelta por Italia, en

⁹⁴ Éstos consiguieron establecer que el episodio ocurriría en la primera fase del apostolado de Antonio de Bullones por el Norte de Italia, tras haber sido nombrado predicador general de la Orden franciscana en un capítulo provincial; es decir, entre fines de septiembre de 1222 y el año de 1223. Sólo a partir de 1224 se trasladaría al Sur de Francia donde, entre otros ministerios, se dedicaría a la predicación contra los Cátaros (Henrique Pinto Rema, *Santo António de Lisboa. Doutor Evangélico. Obras Completas*, «Introdução», pp. xxvi-xxvii).

aquella parte de Romandiola y su comarca, donde también había muchos herejes en quien las herejías habían acepado y echado raíces fuertes, negando la potestad en el Papa.⁹⁵

Ahora bien, fuera de este testimonio histórico sugestivo de las contiendas religiosas que hacia los años de la Quinta Cruzada se manifestaron por el Sur de Francia y el Norte de Italia, en lo que podemos considerar introducción *stricto sensu* a la narración del portentoso, algunas modalidades literarias utilizadas para calificar a ambas comunidades enfrentadas distan lo suficientemente de la tradición antoniana como para que se repare en ellas:

Hay en esta ciudad de Ariminio un puerto de mar, donde aconteció en aquel mismo tiempo un milagro [...]. Predicaba san Antonio, disputando contra los herejes, con deseo de ganar sus almas y glorificar al Señor por las lenguas de sus perseguidores; y como no supiesen resistir a su sabiduría ni hallaban modo cómo excusarse de recibir su doctrina, ya desvergonzados, para dar color a su ignorancia, tomaron por medio menospreciar en ausencia su palabra y no quererle oír. [...] Éstos andaban huyendo del bienaventurado san Antonio y, como eran poderosos, los principales y los más, llevaban de caída *tropellados* a los cristianos, por ser los menos, *gente pobrecita*, maltratada y temerosa por perseguida: y amedrentados, no se atrevían algunos a seguir al bienaventurado santo ni manifestarse por quién eran, por los malos tratamientos que les hacían aquellos *caimanes*, aquellos *renocerontes* del mundo. (S. A., II, 20, f. 184 v.-185 r.)

En efecto, pese a referirse a circunstancias específicas de tiempos pretéritos, observamos fácilmente que el hagiógrafo hispalense sigue acudiendo a un registro lingüístico muy parejo al que hasta ahora hemos podido ver en su obra cuando evocaba críticamente los antagonismos sociales de la España de finales del siglo XVI. Alta categoría social y poderío, simbolizados por los «caimanes» y, sobre todo, los «renocerontes del mundo», se aúnan para tiranizar una vez más a los más desvalidos, a esa «gente pobrecita» cuya presencia se manifestará con sentido más explícito en el folio 186 v. La discrepancia con la relación lusitana es diáfana⁹⁶, acrecentada aún por el motivo mundano que Alemán adujo para explicar la actitud despectiva de los «herejes»⁹⁷ y el esmero con que narra detalladamente las circunstancias que ambienten

⁹⁵ S. A., II, 20, f. 183 v.-184 r. Compárese con la versión de la *Crónica* lusitana (*supra*, nota 90) y repárese en que Alemán recurre a una terminología mucho más precisa («negando la potestad en el Papa», ésa misma que consta en Rebolledo: «avía allí [en la comarca de Romandiola] algunos hereges, que *negavan la potestad del Papa con mucha desvergüenza...*», *ibid.*, f. 305 v.). Sobre el alcance de esta problemática, véase Henri Guerreiro, *La originalidad del San Antonio de Padua de Mateo Alemán. Hagiografía y picaresca. De lo teológico a lo social. I. La teología*, pp. 47-56.

⁹⁶ «Pregaua e disputaua o sancto com grande zelo e feruor de trazer os hereges ao lume da verdade, mas elles, endurecidos e obstinados, nã só nã queriã conuertirse polla doctrina do sancto, mas cõ desprezo e indinacã porq̃ os cõfundia, nã o queriam já ouuir. E hũ dia sancto Antrõnio, nã querendo os hereges ouuir a palaura de Deos, cheo do sp̃rito do Senhor foyse à foz do rio junto do mar, e stando em hũa riba junto do mar e do rio, começou a chamar os pexes da parte de Deos...» (Marcos de Lisboa, *ibid.*, f. CLXXI v.).

⁹⁷ «No por dejarle de oír, que *antes parece digno* de creer hacerlo por no perder con el mundo la vana estimación en que los tenían de sabios. Dejaban de ver aquellos necios que trocaban la suma felicidad por la ínfima miseria y desventura, gloria por condenación, y su perpetuo descanso por tormentos eternos. Esto es lo que causan vanas pasiones y pretensiones, dejar el queso por la sombra. Tal es la desventura de los que, deslumbrados con las cosas del siglo, no quieren volver los ojos a ver las cosas del Cielo; vierten la purga de

la muy rara convocación de los peces: salida inusitada de Antonio de Bullones fuera de la ciudad, paseo insólito a orillas del mar, extrañamiento de unos pocos ciudadanos de Rimini, a quienes por curiosidad siguió gran multitud, «con deseo de saber los postreros dónde o a qué iban los delanteros; y como todos vinieron a juntarse donde se andaba paseando el bienaventurado santo, cerca de la lengua del agua, esperaban ver aquello qué sería, o si lo hacía por tomar alguna poca de recreación»⁹⁸. En resolución, al contrario de la relación del obispo de Porto, Alemán procura novelizar el caso dando a los protagonistas del mismo cierta hondura humana, y cuidando el suspense necesario para que esa inesperada congregación de peces cobre, por fin, toda su dimensión portentosa a los ojos de los circunstantes cristianos atónitos.

Esta parte, que en ambos autores representa el segundo movimiento narrativo, es la que sin duda alguna, en su versión alemaniana, despierta mayor interés en el lector por cuanto, partiendo del fondo tradicional pero rompiendo radicalmente con él en sus digresiones o comentarios, el autor del *Guzmán de Alfarache* le presenta un cuadro sociopolítico que a él le parece deseable e idóneo para la España de Felipe III. Para valorar de modo cabal en qué consiste aquí la originalidad del *San Antonio de Padua*, confrontemos ambos fragmentos. Después de que el predicador-taumaturgo haya llamado a los peces de parte de Dios para que vengan a agruparse frente a él a orillas del mar, el cronista portugués evoca su reacción, su actitud y conducta, así como el espectáculo que representa aquella tan peregrina grey acuática:

E naquela hora se juntou tanta multidão de pexes grãdes e pequenos ante sancto António, quanta nunca em aq̃llas partes juntamente foy vista, e todos tinham as cabeças hu pouco fora d'ágoa. Era cousa pera louuar a Deos, ver ali os pexes grandes juntos aos pequenos, e os peq̃ños sob as asas dos mayores *pacíficamente andar e star*, ver as diuersas sp̃cies e feições de pexes, e *cada hũs [sic] juntarse a seus semelhantes*, que parecia hum campo pintado, marauilhosamente *ordenado* de várias figuras e cores, *ordenado* em a presença do sancto. Era certo cousa delectosa de ver *as companhas dos pexes grandes, como exércitos ordenados tomar os seus lugares cõueniêtes* pera a pregaçã, que eram os demais [sic] ágoa, e os pexes meãos tomar os lugares a elles cõueniêtes, e como insinados por Deos, *sem algũ desconcerto* quietar em os seus lugares, e tãbẽ a copiosa multidão dos pexes pequenos, correr como romeiros à indulgência, e *chegarse mais perto do scto padre como a seu defensor muy seguro*. Assi q̃ neste auditório por Deos *ordenado* stavão os primeiros os pexes menores, despois os meãos, e no terceiro lugar e ágoa mais alta os pexes mayores, e todos sperãdo polla pregaçã do sancto... (*Primeira parte das Crônicas da Ordem dos frades Menores...*, l. V, cap. XVIII, f. CLXXI v.)

De este largo fragmento escrito con ameno estilo emana primero una impresión de *belleza propia* del cuadro que se nos pinta, lo cual nos lleva a comprender por qué algunos artistas fueron inspirados por él⁹⁹. Luego, en el ámbito de las ideas, trascienden

su salud, hacen ascos a la medicina, muestran hastío al mantenimiento de vida y vienen a dar en manos de la muerte, no sólo temporal, mas eterna, que se les tiene señalada» (S. A., II, 20, f. 185 r.).

⁹⁸ *Ibid.*, II, 20, f. 185 v.-186 r.

⁹⁹ Evóquense una vidriera de la capilla del «santo», en la basílica de S. Francisco, en Asís (acaso destruida después del terremoto de 1997); una obra de Rafael («Sur le gradin d'Eusebio di Sangiorgio», retablo de san Francisco en Matelica, 1512); otra de Filippo da Verona, en el *Ambulatorio* del santo, en

algunas, que muy brevemente reseñamos. Viene sugerido que la actuación de los peces, su conducta y los lugares escogidos por ellos, todo depende providencialmente de Dios («como insinados por Deos»; «por Deos ordenado»). Por fin, es ese sentimiento de paz, de quietud, de armonía que embarga todo el ambiente, y un auditorio dispuesto en las aguas en consonancia con su especie y tamaño, lo que más ha de llamarnos la atención. A todas luces, esa descripción detallada de la *Crónica* lusitana dio mucho que reflexionar a Mateo Alemán, quien, si no se desentendió por completo del aspecto estético¹⁰⁰ de la escena, prefirió contemplarla ante todo desde un enfoque alegórico.

Influenciado sin duda por Marcos de Lisboa, quien puntualizara que los peces pequeños se colocaron «mais perto do sctõ padre como a seu defensor muy seguro», Alemán, no bien iniciada su narración, la interrumpe para comentar este mismo dato: que «los más pequeñuelos [estén] más a la orilla»:

¡Oh generosísimo Señor!, que aun aquí fue tu voluntad manifestarnos tu grandeza y lo que valen contigo los *humildes*, los *pobrecitos*, los *miserables* y *bajos*: menos mar les basta, con poco se contentan, más llegados están a Ti, más de cerca oyen tu palabra que los grandes. Los peces *pequeñuelos*, los nonadas, el desecho de las aguas, tenían mejor asiento en ellas para gozar de la doctrina tan celestial. ¡Aun aquí, Señor, te señalaste! (S. A., II, 20, f. 186 v.)

Mediante esta conexión íntima entre un lenguaje concreto y otro simbólico, la enseñanza espiritual de estas líneas es fácilmente reconocible. Volvemos a topar con esos *pobrecitos*, con esos *miserables* y *bajos*, siempre despreciados, postergados y tropellados como vimos a lo largo de nuestro estudio. Pero aquí van emparejados con los «humildes», con los «pequeñuelos» (terminología evangélica inconfundible): aquéllos de quienes Cristo declaró a sus discípulos que les confería puesto precelente en el reino de los cielos (Mateo XVIII, 1-6); y por cuya humildad en la tierra —añade Alemán— están más cerca de Él («a la orilla»), propensos a oír mejor su doctrina y con mayor provecho. Al contrario de cómo proceden «las ballenas, los tiburonzos, los poderosos, los grandes y potentados del siglo, [porque a éstos] no los deja la mar del Mundo llegar tan cerca: oyen la palabra de Dios Nuestro Señor en el golfo de sus vanidades, lejos de la voz» (*ibid.*, f. 186 v.). El progresivo deslizamiento semántico de unos vocablos marítimos asociados a otros de etimología social entreteje sin el menor rasgón el hilo alegórico del relato. Por eso de lo que pudo verse antaño en el «brazo de mar» de Rimini (según la tradición) y realmente observar el autor del *San Antonio de Padua* en el «mar del Mundo» hispánico, se colige nueva lección espiritual. Para salvar la distancia que, de cierto modo, por razones sociales aleja de Cristo a todos los próceres, deben o deberían éstos «[volverse] como los pecitos pequeñuelos» o «como

Padua. Para más detalles, véase Charles de Mandach, *Saint Antoine de Padoue et l'art italien*. Préface d'Eugène Muntz, Paris, Renouard, 1899, pp. 182-185; 280-283.

¹⁰⁰ «Aquí estaban estos peces en concierto, pacíficos y quietos, aunque muy apretados, por ser el número tanto de los que se habían juntado que nunca los ojos de los hombres vieron cosa semejante, que aun a la imaginación forman extrema belleza, considerándolos las cabezas levantadas encima de las aguas, y comenzando desde las orillitas del mar, donde salía la *gusarapilla* y pequeñuelos pececitos, irse poco a poco levantando más mientras más adentro, hasta llegar a las de aquellos *pescadazos* grandes» (S. A., II, 20, f. 188 r.). Esta «belleza» procura Alemán expresarla en esta larga frase de ritmo amplio, estructurada en dos partes, donde la predilección por los pequeños peces sobresale en la misma acumulación de los diminutivos.

niños» en palabras del evangelista san Mateo¹⁰¹. Sentencia crística ésta cuyo alcance simbólico explicita Alemán cuerdamente recurriendo, según costumbre estilística suya, a una comparación profana inmediatamente comprensible para sus lectores por arraigarse en costumbres sociofamiliares vigentes entre nobles y vasallos castellanos:

No quiso [Cristo] decir que los de cincuenta y más años volviesen a la infancia, que fuera pedirles un imposible; mas como suele acontecer en la casa de un príncipe a quien le nació un primogénito, heredero de sus estados, que cuando se cría suelen buscarle otros *niños*, hijos de sus vasallos, o le compran un esclavillo que juegue con él y lo entretenga, juntos comen, juegan, andan, y aun a veces duermen y se apuñean, sin distinción de superioridad ni reconocimiento de señorío: *así quiere* que seamos todos iguales en *humildad*, parejos en la caridad, que nos amemos, que nos tratemos como hermanos, desechando la soberbia y altiveces. (S. A., II, 20, f. 187 r.)

Igualdad de esencia entre todos los seres humanos, o ciudadanos, pertenezcan ellos al estamento nobiliario o al estado llano; igualdad fundamentada en la *humildad*¹⁰², prenda suprema generadora de amor, fraternidad y misericordiosa solidaridad entre todos los miembros del cuerpo social de la República, tales son los valores espirituales básicos de la doctrina de Cristo sacados de san Mateo y sellados con una única frase: «*Quiere [Cristo] que aprendamos aquí de aquestos peces, que se juntaron grandes y pequeños, todos en paz*» (*ibid.*, f. 187 r.). Ahora bien, otra moraleja sobresale de la escena de los peces: una necesaria igualdad o concordia ha de coexistir con una no menos obligatoria desigualdad calitativa de los ciudadanos; en suma, con el expreso reconocimiento de una jerarquía social:

Empero, *también quiere* que tengamos orden, *que aquí* los peces, cada uno se ponía según podía más y mejor acercarse al santo. Acerquémonos a Dios, cada uno cuanto más pudiere, pero reconozca en su estado su lugar, sin usurpar ni desvanecerse por el ajeno, *que aquí* estos brutos estaban en especies, divididos por escuadras, en lugares propios y convenientes. Todo estaba misterioso, todo puso admiración, todo nos dejó ejemplo, cual si fueran hombres aquellas bestias, y por el contrario, nosotros ellas. (*Ibid.*, f. 187 r.-v.)

Merece observarse siquiera brevemente la pericia con que Mateo Alemán subvierte la naturaleza meramente descriptiva del fragmento de la *Crónica* lusitana infundiendo a algunas de sus frases (*verbigracia*: «... cada hũ juntarse a seus semelhantes»; «... companhas dos pexes grandes, como exércitos *ordenados* tomar os seus lugares cõueniêtes [...], sem algũ desconcerto quietar em os seus lugares, ...») un significado muy diferente, fundamentalmente socio-político. La afirmación de un «orden» social imprescindible proviene de la reiteración del participio pasado *ordenado*. Pero la misma

¹⁰¹ «En verdad os digo, si no os volviereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos...» (Mateo XVIII, 3-4).

¹⁰² Este mismo concepto, ideal al que los hombres debieran aspirar, ya quedó ilustrado arriba, n. 23. Compárese con este breve soliloquio de Guzmán: «Somos hijos de soberbia, lisonjeros, que, si lo fuéramos de la amistad y caritativos, acudiéramos a lo contrario [a los necesitados]. Pues nos consta que gusta Dios que, como propios cada uno sienta los trabajos de su prójimo, ayudándole siempre de la manera que quisiéramos en los nuestros hallar su favor» (G. A., P. II, l. II, cap. 7, p. 279).

ambivalencia semántica del término, presente en la expresión *por Deos ordenado*, sirve para sentar que esa jerarquía resulta de derecho divino. De ahí el empleo recurrente del verbo «querer» cuyo sujeto es Cristo o Dios. De cuyas ordenaciones (apenas rozadas en la tradición antoniana) darían testimonio en el texto alemaniano la extraña creación de un portento tan admirable, que sólo se puede concebir por destinarse providencialmente a servir de ejemplo docente para la conducta de los hombres. Así, en la inversión de los papeles entre los seres racionales y los irracionales (los peces o «bestias»), se plasma definitivamente la alegoría y se abre paso al comentario reinterpretativo de sus respectivas y antagónicas actitudes.

El ambiente misterioso en el que se desenvuelve la congregación de los peces, su notable disposición en las aguas de la ría de Rimini, facilitan la reinterpretación ideológica del bello cuadro, como consta de las reflexiones del autor del *San Antonio de Padua*:

¿Quién aquí no considera que los grandes peces *hacían espaldas* a los pequeñuelos? Y parece que como sus príncipes y cabezas los *abrigaban* y *defendían*, teniéndolos por delante, y que cada uno *estaba en su asiento competente*. Allí estaría el delfín como superior, y el camaroncillo como inferior, sin *tiranía ni ambición* alguna: sin querer alguno mostrar ni *pretender* más de lo propio suyo, cada uno contento con su suerte. (S. A., II, 20, f. 187 v.)

Como se puede comprobar, los valores morales y sociales que trascienden de la micro-sociedad acuática corresponden tanto a los votos divinos como al modelo social anhelado por el autor del *Guzmán de Alfarache* para la sociedad española de su tiempo. Sus juicios, en que alternan prudencia expresiva («y parece que...») y afirmación expresa mediante el recurso al indicativo, recuerdan aquí las relaciones pacíficas que median entre categorías sociales dispares. Ni el menor asomo ya del *atropello* sufrido por aquella «gente pobrecita» de parte de los «poderosos» equiparados a los «herejes». Muy por lo contrario. Aquí, en el idílico ambiente del portento, divinamente ejecutado, de lo que se precian los «grandes peces», con toda conciencia de su grandeza y deber, es cumplir con su papel y obligación de protectores y defensores de los «pequeñuelos»¹⁰³. Con tanta mayor naturalidad cuanto que ambas especies acatan la jerarquía que entre ellas impera. En cuanto a la segunda frase, ilustra la misma materia de *Política* perfilando algún que otro rasgo ideológico complementario: una vez más queda enaltecido el *equilibrio social* pacíficamente fundado en la justicia de los príncipes y el desecho de cualquier «ambición» injustificada. De ahí la felicidad que embarga a

¹⁰³ Parece que esta idea venga sugerida en una frase del fragmento de la *Crónica* arriba citado: «Era cousa pera louar a Deos, ver ali os pexes grandes juntos aos pequenos, e os peñños sob as asas dos mayores pacíficamente andar e star». Para Alemán es ésta una exigencia ética y política tan fundamental que su violación por parte de los poderosos está vituperada con términos muy violentos en el mismo Libro segundo del *San Antonio de Padua*: «¡Desdichado siglo, tiempo infelice, que tal se podrá llamar y llorar, cuando se apoderan los poderosos de los puertos y no dejan pasar las quejas de los pequeñuelos, ni consienten que corra la voz de sus agravios adonde puedan tener algún remedio! Y ¡desdichados mil veces aquellos que, como si lo transitorio fuese para siempre, olvidados de lo eterno, tiranizan la justicia, rompen leyes, quebrantan estatutos para adelantar sus poderíos, asentar sus libertades y que sus fuerzas crezcan para que los menos no las tengan y, como flacos, ni puedan defenderse ni ofenderlos!» (cap. XXI: «San Antonio (por celo de su Religión) se opuso contra fray Elías, general della, que trataba de relajar muchas cosas de su regla», f. 194 r.).

aquella sociedad de los peces, cuyos miembros, sin espuria vanagloria, no pretenden indebidamente cargos ni dignidades que no les incumben, por desdecir de sus competencias¹⁰⁴. El contraste con el espectáculo terrestre que (según supone Alemán) ofrece la muchedumbre de riminenses agrupada en torno al excelso predicador minorita, no deja de ser sobrecogedor en extremo:

*Y estarían los hombres afuera, en tierra, mezclados pies con cabezas, el no nadie, levantado, el de menos calidad, más calificado, porfiando el enano en linaje // parecer y henchir tanto como el gigante antiguo de nobleza; y el gigante, aun mal contento de sí, procurando con su soberbia sorberlo todo, que sólo él sea el señor, el temido, el adorado y el todopoderoso: sin reparar los unos y los otros que darán cuenta de menos los que tuvieren menos cargo, y que quien más a la ligera camina, llega más descansado a la posada, y que todo tiene fin.*¹⁰⁵

Tanto desequilibrio, tanto trastorno en la jerarquía social, desde villanos indebidamente *entronizados*¹⁰⁶ pese a su posición social oscura o su carencia de capacidad, pasando por la baja o media nobleza ávida de aparentar y llevar un tren de vida incompatible con su fortuna real, hasta los miembros de la alta nobleza de más rancia alcurnia¹⁰⁷, ¡qué panorama social más discordante para perfilar el escenario del milagroso sermón a los peces! ¡Cuán distantes nos encontramos del fondo tradicional antoniano! En realidad, esta imaginada sociedad riminense de principios del siglo XIII es mera y compendiosa recreación moderna de la sociedad estamental española de finales del siglo XVI. Con todas las lacras, desordenada o caótica estructura social que se pueden presentir en algunas de las reflexiones que, de camino para Milán, Guzmán le dirige a Sayavedra:

No será maravilla que todos busquemos manera de vivir, como la buscan otros de menos habilidad. Si no, pon los ojos en cuantos hoy viven, considéralos y hallarás que van buscando sus acrecentamientos y faltando a sus obligaciones por aquí o por allí. Cada uno procura de valer más. El señor quiere adelantar sus estados, el caballero su mayorazgo, el mercader su

¹⁰⁴ Con esta idea se abre nuevo campo a un estudio de la reescritura, sugerido atrás varias veces (p. 25, 27, 35, n. 69); atañe a la problemática de la obtención de oficios y dignidades. Para ello, véase S. A., I, 15, f. 98 r.-100 r.; II, 7, f. 139 v.-140 r.; 9, f. 145 r.-v.

¹⁰⁵ S. A., II, 20, f. 187 v.-188 r. Obsérvese cómo, en ambas citas, la problemática socioeconómica viene (una vez más) entrañablemente unida con los temas espirituales y teológicos (esencia mortal del ser humano y salvación), temas extensamente analizados en la primera parte de nuestro estudio.

¹⁰⁶ Para más detalles sobre este tipo social, véase Henri Guerreiro, «Le personnage de l'*Entronizado* dans l'œuvre de Mateo Alemán», en Augustin Redondo et Marc Vitse (eds.), *L'individu face à la société: quelques aspects des peurs sociales dans l'Espagne du Siècle d'Or*, Toulouse, PUM, 1994, p. 59-77.

¹⁰⁷ Con uno de aquellos «ídolos» topó en la corte el capitán (un caballero) a quien Guzmán se puso a servir desde Almagro hasta llegar a Italia:

Contóme [el capitán] que, saliendo de Palacio con un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida y se lo dio a entender dilatándole muchos días el despacho, haciéndole lastar y padecer.

¡Librenos Dios, cuando se juntan poder y mala voluntad! Lastimosa cosa es que quiera un ídolo destos particular adoración, sin acordarse que es hombre representante, que sale con aquel oficio o con figura dél y que se volverá presto a entrar en el vestuario del sepulcro a ser ceniza, como hijo de la tierra. [...] Así se avientan algunos como si en su vientre pudiesen sorber la mar y se divierten como si fuesen eternos y se *entronizan* como si la muerte no los hubiese de humillar (G. A., P. I, l. II, cap. 10, pp. 364-365).

trato, el oficial su oficio, y no todas veces con la limpieza que fuera lícito. Que algunas veces acontece, por meterse hasta los codos en la ganancia, zabullirse hasta los ojos, no quiero yo decir en el infierno; dilo tú que tienes mayor atrevimiento. En resolución, todo el mundo es la Rochela en este caso, quien pillá, pillá...¹⁰⁸

Concordancias textuales y coherencia ideológica van hermanadas en ambas obras, picaresca y hagiográfica. A quienes conozcan la visión satírica constante que se exhiba a lo largo de aquélla, y las múltiples y ambiciosas reformas que implica, no les extrañará que el autor de *San Antonio de Padua* haya logrado aprovechar cuantas potencialidades textuales le brindaba la *Crónica* franciscana de Marcos de Lisboa. Así es como, aun en las partes en que siguió más tributario de la tradición (prólogo, sermón, epílogo), dio pruebas de talento para renovarla parcialmente gracias a su estilo y ciertos juicios inconfundibles, propios de su peculiar visión del mundo. Pero en este portento lo más valioso con respecto a la *reescritura* es la invención o re-creación de esta original alegoría política que nos permite dar por concluido nuestro estudio de la materia social sobre *pobres* y *poderosos* sellándola con la superación virtual de sus antagonismos, omnipresentes, y por eso mismo, concretamente anhelada y propuesta por Mateo Alemán como condición *sine qua non* de la regeneración de la España de fines del siglo XVI. Hasta tal punto que esa misma alegoría de los peces podría servir de emblema socio-político para ilustrar una próxima edición crítica de la obra hagiográfica alemaniana.

Conclusión

Terminadas ya nuestras calas críticas en el *San Antonio de Padua* confrontado a la tradición en que se arraiga, podemos concluir que el proceso ideológico en que se cifra su reescritura presenta gran riqueza y alcance: teológico, espiritual, ético y sociopolítico. En cuanto a las ideas que abarcan estos varios ámbitos, se plasman en modalidades literarias de extrema variedad. A partir de las *Crónicas* franciscanas de la segunda mitad del siglo XVI, cuyo fondo «histórico» se respeta, alternan en la versión alemaniana narración y discurso, entidades literarias ambas afectadas por la reescritura en grado dispar. *Narración* de algunos episodios sobresalientes de la vida del Paduano y de ciertos portentos por él protagonizados, que Mateo Alemán procura reelaborar a su modo, esmerándose primero en su verosimilitud, pero confiéndoles sobre todo, siempre que resulta posible, un significado que corresponde a preocupaciones ideológicas suyas, acordes con su propia visión de la sociedad aurisecular y del mundo. De ahí, en conexión con el relato pero totalmente ajeno a las mismas fuentes tradicionales antonianas, cunde un *discurso* rebotante de avisos espirituales, de digresiones morales, de reflexiones sociopolíticas, que adoptan modos expresivos múltiples: comparaciones cultas o profanas (oriundas éstas de vivencias cotidianas de los castellanos del Quinientos), apólogos, cuentecillos, proverbios, alegorías, parábolas del Nuevo Testamento reinterpretadas, en parte, a lo moderno. Todo ello crea, en los capítulos analizados, un estilo vivo y ameno destinado a entretener al lector con vistas a que se le enseñe mejor una materia doctrinal que cobra su plena dimensión y cabal

¹⁰⁸ G. A., P. II, l. II, cap. 4, p. 209. Cf. también *ibid.*, P. I, l. II, cap. 5, p. 312.

sentido a la luz no sólo de otros pasajes recurrentes de la obra hagiográfica alemaniana sino también, y ante todo, de digresiones ideológicas y episodios novelescos propios de la obra magna del insigne novelista sevillano, el *Guzmán de Alfarache*. En definitiva, de esta polivalente dialéctica textual, que supera el mero cotejo con las fuentes antonianas, trasciende la profusa modernidad del *San Antonio de Padua*, esa fructífera originalidad suya que contribuye, aunque en tono menor respecto al ambicioso mensaje de la... *Atalaya de la vida humana*, a asentar, aclarándola, la indefectible y compleja coherencia ideológica de toda la obra literaria de Mateo Alemán.

*

GUERREIRO, Henri. «El *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán: tradición hagiográfica y proceso ideológico de reescritura. En torno al tema de pobres y poderosos». En *Crítico* (Toulouse), 77, 1999, pp. 5-52.

Resumen. La reescritura, por Mateo Alemán, en su *San Antonio de Padua* (1604), de las crónicas franciscanas relativas a la vida de Hernando de Bullones, futuro san Antonio: recreación de las circunstancias de algún portento (v. g. el sermón de los peces), comentarios críticos a modo de moralidades alejadas de lo maravilloso, discurso polifacético (parábolas, apólogos, alegorías, comparaciones sacadas de la vida cotidiana, juegos de palabras)... Descuella, sobre la base teológica de la salvación, una visión ideológica crítica de las relaciones y prácticas sociales de los castellanos de fines del XVI (en particular, el antagonismo entre pobres y ricos o poderosos), que entronca directamente con la visión del mundo del *Guzmán de Alfarache*.

Résumé. La réécriture, par Mateo Alemán, dans le *San Antonio de Padua* (1604), des chroniques franciscaines relatives à la vie de Hernando de Bullones, le futur saint Antoine: récréation des circonstances de tel ou tel miracle (v. g. celui des poissons), commentaires critiques en forme de moralités fort éloignées du merveilleux, discours aux multiples facettes (paraboles, apologues, allégories, comparaisons tirées de la vie quotidienne, jeux de mots)... Se précise, à partir des fondements d'une théologie du salut, une vision idéologique qui ouvre sur la critique des relations et des pratiques sociales des Castillans de la fin du XVI^e siècle (en particulier l'antagonisme entre pauvres et riches ou *poderosos*), et n'est pas sans étroits rapports avec la vision du monde du *Guzmán de Alfarache*.

Summary. Rewriting of the Franciscan chronicles relating to the life of Hernando de Bullones (the future Saint Anthony), by Mateo Alemán in his *San Antonio de Padua*: a recreation of the circumstances surrounding a given miracle (v. g. the sermon of the fish); critical commentary of moral content removed from the marvellous; a many faceted discourse (parables, apologues, allegories, comparisons taken from everyday life, plays on words)... Worthy of note is a critical ideological point of view based on the theology of salvation, on the social practices and relationships of the Castilians of the end of 16th Century (in particular, the antagonism between the poor and the rich and powerful). This point of view is closely related to the world vision found in *Guzmán de Alfarache*.

Palabras clave. ALEMÁN (Mateo). Franciscanos. *Guzmán de Alfarache*. Hagiografía. Pobres. Poderosos. Reescritura. *San Antonio de Padua*.